
Golpe de Radio
Los 3 días que transmitimos peligrosamente
RED NACIONAL DE RADIO
VENEZUELA
JOSÉ IGNACIO LÓPEZ VIGIL

Golpe de radio

Los tres días que trasmitimos peligrosamente

JOSÉ IGNACIO LÓPEZ VIGIL

Golpe de radio
© José Ignacio López Vigil

Primera edición, octubre de 2006

© Asociación Latinoamericana
de Educación Radiofónica - ALER

Coordinadora Editorial
Aminor Méndez

Fotografía
Ninoska Romero
Cecilia Rodríguez
Archivos IRFA

Impresión
Editorial Venezolana C.A.
Telf. 0274-2638308
Mérida, Venezuela

Diseño y diagramación
José Gregorio Vásquez

Diseño de portada
José Barrios

HECHO EL DEPOSITO DE LEY
Depósito legal: lf60320063704697
ISBN: 980-6418-88-3

Impreso en Venezuela

ALER presenta... Golpe de radio

Los encantos de la radio son muchos. Por lo menos eso sentimos, pensamos y vivimos quienes hacemos de la radio un quehacer vital. Eso sienten, piensan y viven, sin lugar a dudas, quienes hacen las radios de Fe y Alegría en Venezuela.

Siempre hemos pensado que la radio resulta tan encantadora, entre otras cosas, porque es la palabra en el aire. La palabra. Ese don maravilloso de los seres humanos con el que nos hemos ido contando y armando la vida de generación en generación, en las narraciones milenarias de nuestros antepasados, en los cuentos de nuestros abuelos, en las conversaciones de domingo por la tarde, en los secretos que nos decimos al oído.

En América Latina vivimos narrándonos y la radio se apoderó de la palabra y la narración y las convirtió en sus mejores aliadas. Por eso quizás nos gusta tanto oír radio en nuestro continente: porque nos sentimos narrados en ella. Pues bien, no fue distinto en el 2002 para las radios de Fe y Alegría. Narraron y lo hicieron desde donde sintieron que era mejor hacerlo en aquel momento: desde el apego a todas las voces, desde la mirada amplia y diversa.

Hoy, en el 2006, ALER inicia con la experiencia de Fe y Alegría una serie de publicaciones en las que intentaremos narrar —no podía ser de otra manera— las experiencias de nuestras asociadas en momentos de gran significación para sus propios lugares y para el continente entero.

Hemos contado en esta oportunidad con la pluma relatora de José Ignacio López Vigil, que nos narra, con frescura

y pasión, cómo se vivieron aquellos momentos desde Fe y Alegría: cómo hicieron radio nuestros colegas venezolanos, y cómo sus audiencias tomaron el micrófono y dieron este golpe de radio.

Nada de lo que aquí se dice compromete la posición institucional de Fe y Alegría-Venezuela. Todo lo que aquí se dice nos compromete como comunicadores/as y como radialistas a continuar narrando nuestra historia, la de hoy y la del futuro.

Nelsy Lizarazo
Secretaria ejecutiva
ALER

GOLPE DE RADIO

Los tres días que transmitimos peligrosamente

José Ignacio López Vigil

PRÓLOGO

Fe y Alegría está de fiesta, celebrando sus bodas de oro. Hace 50 años y en Venezuela, el jesuita José María Vélaz fundó este exitoso movimiento de educación popular y promoción social, y consagró sus mejores energías a abrir escuelas *donde el asfalto no llega*.[1] En 1975, aceptó el desafío de alfabetizar y hacer la primaria y hasta la secundaria a través de la radio. Fundó el Instituto Radiofónico Fe y Alegría, IRFA, y comenzó a transmitir las clases en Maracaibo y Caracas.

Cuestionada por la cambiante situación que vive el país, IRFA se fue abriendo a nuevas responsabilidades radiofónicas. Sin descuidar las escuelas, incluyó en su programación segmentos informativos, musicales, deportivos, espacios de alta participación ciudadana. También creció en cobertura. Actualmente, Fe y Alegría cuenta con una red nacional de 9 emisoras enlazadas vía satélite.[2]

A esta red de emisoras —especialmente, la de Caracas y Maracaibo—, le tocó vivir muy de cerca una de las páginas más turbulentas de la historia venezolana, el golpe de estado contra el Presidente Hugo Chávez. El breve relato que presentamos recoge los testimonios de los periodistas y el personal de estas dos radios durante aquellos días de abril 2002.

---

[1] Fe y Alegría se ha extendido por 16 países de América Latina. Brinda educación preescolar, básica y media, educación de adultos, capacitación laboral y reinserción escolar, formación profesional, fomento de cooperativas y microempresas, así como proyectos de desarrollo comunitario, salud, cultura indígena y formación de educadores. La institución atiende a un millón y medio de alumnas, alumnos y participantes. Cuenta con más de mil escuelas y otros tantos centros de educación a distancia y alternativa, así como con 56 emisoras de radio.

[2] Radio Fe y Alegría 1390 AM Caracas
Radio Fe y Alegría 850 AM Maracaibo/Zulia
Radio Fe y Alegría 105.3 FM Misión de El Tukuko, Municipio Machiques/Zulia
Radio Fe y Alegría 100.1 FM Paraguaipoa/Zulia
Radio Fe y Alegría 620 AM Guasdualito/Apure
Radio Fe y Alegría 105.7 FM El Pedregal/Mérida
Radio Fe y Alegría 103.1 FM Ciudad Guayana/Bolívar
Radio Fe y Alegría 92.1 FM Tucupita/Delta Amacuro
Radio Fe y Alegría 940 AM El Tigre/Anzoátegui

John Lennon decía que *la vida es lo que te pasa mientras planeas otras cosas*. Me atrevo a glosarlo diciendo que *la vida es lo que cuentas mientras te pasaron otras cosas*. Y es que la realidad no es lo que sucede, sino cómo se vive y se recuerda lo sucedido. Las personas con nombre y apellido que salen en esta historia —si la leen— me dirán: y*o no dije eso.* Les responderé: a*sí me lo contaron.* Y quienes me lo contaron —cuando lean— me dirán: *yo no lo dije así.* Y les responderé: *así lo recuerdo yo.*

Este libro, como todo libro testimonial, se inscribe en el arte impresionista. No es, ni pretende ser, una fotografía ni un documento riguroso de lo que ocurrió en aquellos días. Son brochazos apasionados, retazos de la memoria, subjetividades, complicidades. Han pasado cuatro años ya y los colegas de Fe y Alegría se entusiasmaban echándome los cuentos, como si hubiera sido ayer.

¿Quiénes hablan en el relato? Los compañeros y compañeras de Caracas y Maracaibo: Javier Barrios, Marisol Polanco, Richard Salazar, María Cianci, César do Vale, Rogelio Suárez, Mónica Marchesi, Carlos Figueroa, Alexander Hernández, Gerardo Lombardi… ¿Por qué no pongo sus nombres en cada anécdota? Da igual, porque fue el equipo de la radio —y de las otras emisoras de la Red Nacional Informativa— el que supo estar en el lugar preciso y en el momento oportuno.

Y nada más. Que disfruten leyendo tanto como yo disfruté escribiendo.

José Ignacio López Vigil
11 abril 2006

---

11 DE ABRIL 2002

Yo estaba en Puerto Ayacucho, en plena Amazonía, dictando un taller para corresponsales populares, enseñándoles a escribir una nota de prensa. No sospechaba que en pocas horas el alumno iba a ser yo.

—¡Concéntrense! —les decía, viendo que se movían de un lado a otro, nerviosos.

Pero no se concentraban, ni ellos ni yo. En el receso, en vez de mi arepa con café, subí a ver la televisión. Los canales privados, como si fueran los organizadores, anunciaban e invitaban a la gran marcha de la oposición convocada por FEDECÁMARAS y la CTV.[3]

Agarro el teléfono y llamo a la radio de Caracas, a Fe y Alegría.

[3] Federación de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción, y la Confederación de Trabajadores de Venezuela.

—¿Qué novedades?

—Dicen que hoy van para Chuao —me responde Carlos Figueroa—. Que se van a juntar allá.

—¿Para Chuao? —no me creía el cuento—. Esa gente va para Miraflores. Ponle sello.

—No seas exagerado, Javier.

—Verás que de Chuao van para Miraflores. Hoy explota eso.

—¿Tienes algún dato nuevo?

—Ellos lo han ido anunciando entre líneas. González González ya lo avisó: “Hago un llamado al Alto Mando Militar. Tomen una decisión, porque si ustedes no la toman, alguien la tomará por ustedes”. Esa fue la seña del pitcher.

—En ese caso… ¿qué hacemos aquí en la radio?

—Espérenme. Voy para Caracas.

Cuelgo y busco a Santiago García, el director de Raudal Estéreo, donde estábamos dando el taller.

—¿Cómo está la cosa, Javier?

—Picante —le digo—, como la catara ésa de hormigas que comen ustedes aquí en la selva.

—Mejor suspendamos el taller —responde Santiago con sensatez— antes de que se arme el zaperoco en Caracas.

—Sí, mejor. Asegúrame el vuelo de regreso.

Les explicamos a los corresponsales. Eran como veinte, algunos indígenas, venidos de comunidades alejadas.

—Regresen pronto a sus lugares y pelen el ojo, porque hoy, 11 de abril, puede ser una fecha de mala suerte. Un día pavoso.

Eché los dos corotos que traía en la maleta y Santiago pisó el acelerador hacia el aeropuerto.

En la radio de Caracas andábamos como locos. Todos aquellos días eran ruedas y más ruedas de prensa. En la mañana, en la tarde, en la noche… Los medios privados, emisoras y televisoras, les daban toda la cobertura del mundo.

—¡Belkis, ándate a la rueda de la CTV!

—¡Randolph, ve tú a la de los petroleros!

Nosotros también cubríamos. Pero eran tantas noticias, tantas declaraciones, que tuvimos que poner a locutores, y hasta choferes, a reportar. Los de la oposición generaban más noticias. Claro, ellos estaban protagonizando el paro. Pero luego salía el oficialismo, también con sus ruedas de prensa, para refutar a la oposición.

—¡Corre, César! —me decían los de prensa —. ¡Va a hablar Juan Barreto!

—¿A dónde corro, a la Asamblea, al canal 8, a Miraflores? —preguntaba mientras chequeaba la carga del celular, porque con celulares hacíamos los reportes—. ¡Cónchale, vale, pero en este país hay más ruedas de prensa que en Naciones Unidas!

Ya teníamos como una semana con ese sofoco. Pedimos un carro de refuerzo para poder cubrir la cantidad de información. Viene Marisol, la coordinadora de la radio, y nos reúne:

—Chamos, hay que prever.

—¿Prever qué?—dice Richard, el de formación.

—¿Y si lo de hoy se desborda? En la calle hay demasiadísima gente. Van a arrancar en el Parque del Este y de ahí van para Chuao, en la sede de PDVSA.[4]

—¿Y de Chuao para dónde irán?

—Ojalá se vayan para su casa porque si ese mar de gente arranca para Miraflores…

—Vamos a lo que vinimos. ¿Qué hay que hacer en la radio?

—Un plan de emergencia —dice Marisol, con firmeza—. ¿Si no podemos salir de la emisora?

—No es para tanto, compañeros. Con el cansancio de estos días se han vuelto paranoicos.

—Al de atrás lo muerde el perro. Veamos. Vayan a comprar agua, linternas, latas de atún, de sardinas… ¡Ah, y vinagre!

—¿Vinagre para qué?

—Para las bombas lacrimógenas, compañero —apostilló Carlos, que tenía buena experiencia en esos corre-corres. Echas vinagre en el pañuelo y así aguantas en las manifestaciones.

—Pues mejor serían esas máscaras… ¿No han visto a los reporteros de los canales que se ponen esas tremendas máscaras antigás? Parecen de otro planeta.

—No te compliques la vida. Ahí en la ferretería venden unas máscaras de albañil, de esas simples, pero con el vinagre funcionan. ¿No podríamos conseguir unas cuantas?

—El que pregunta barre el patio —dice Marisol—. Ándate a comprarlas.

Cuando fuimos, había un bululú de gente comprando velas, radios de pilas, comida y toda verga. Como si se prepararan para una guerra. Y todo el mundo con un rumor más alarmista que el otro.

—¿Ustedes son de la radio?

—Sí, de Fe y Alegría, aquí en La Urbina.

—Pues a ver qué hacen ustedes, que son gente con la cabeza bien puesta, porque la mecha está encendida. De hoy no pasa, te lo digo yo.

---

[4] Petróleos de Venezuela, S.A.

La radio era vista como equilibrada. Nosotros teníamos la suerte de que podíamos entrar a las marchas escuálidas[5] *y a las chavistas, cubrir las ruedas de prensa de la oposición y también las del gobierno. Siempre hemos cuidado eso, presentar las dos caras de la moneda. Que se oigan todas las opiniones, todas las voces.*

Cuando el caracazo[6] *en el 89, nos dimos a conocer bastante. Después, menos. Pero siempre hemos tenido buena sintonía entre los sectores populares. La radio tiene las escuelas radiofónicas al caer la tarde. Y durante el día, noticias, música, de todo.*

—¿Para dónde nos podríamos llevar los equipos si se enreda la vaina?
—Eso hay que preverlo también, sí. Porque dicen que a los medios los van a allanar.
—¿Quién los va a allanar?
—Los que acaben ganando esta batalla.
—No somos tan importantes como para que nos allanen
—Porsiaca, compremos tarjetas para los celulares.
—¿Y si cortan la luz?
—Si la cortan, nos jodimos. Ahora no hay plata ni tiempo para comprar una planta eléctrica.
—Mejor nos encomendamos a la de Coromoto para que no pase nada.

El vuelo salía a la cinco de la tarde. Y qué casualidad, llegando yo al aeropuerto viene llegando también el gobernador del Estado Amazonas, Liborio Guarulla. Lo saludé, me presenté. Me pegué a él para saber si sabía.

—Así que usted, Javier Barrios, es el director de Radio Fe y Alegría de Caracas…
—Bueno, dirigimos en equipo. Es una radio de los padres jesuitas. Yo llevo el departamento de prensa.
—Pues va a tener mucho trabajo en estos días, se lo aseguro —el gobernador se veía muy preocupado.
—¿Lo dice por algo? —a mí me contagiaba su preocupación.
—Bah… Rumores.

Liborio Guarulla es de Patria para Todos, aliado del gobierno. A esa hora, ya se había desencadenado la balacera en Puente Llaguno. Pero él parecía no saberlo. O no quería comentarlo.

Las cosas se habían precipitado a partir del 7 de abril cuando el Presidente Chávez anunció el despido intempestivo de siete altos ejecutivos de PDVSA que habían sido voceros de otros gerentes petroleros rebeldes. *Eddie Ramírez,*

[5] Se llaman “escuálidos” a los de la oposición.
[6] El 27 y 28 de febrero de 1989 en Caracas se produjo un levantamiento popular contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez por el aumento del precio de la gasolina y las tarifas del transporte público. Se produjeron saqueos en toda la ciudad y un saldo de miles de muertos por las armas de la policía y el ejército.

pá fuera. Horacio Medina, pá fuera. Juan Fernández, pá fuera. Edgar Quijano, pá fuera…

—No tengo problema en rasparlos a toditos —había advertido Chávez en su programa dominical Aló Presidente—. En Venezuela hay gente de sobra que sabe de petróleo.

La CTV y FEDECÁMARAS —una central obrera y una patronal— sellaron una "santa alianza" y convocaron a un paro de actividades para el 9 de abril. El 10, Carmona y Ortega[7] anunciaron que el paro sería indefinido y convocaron una marcha gigantesca para el 11 en la mañana. La marcha debía concluir en Chuao, en la sede de PDVSA. Pero en horas de la tarde fue desviada hacia el Palacio de Miraflores, donde Chávez sesionaba con su gabinete y donde los simpatizantes del Presidente se habían dado cita por miles. Y mientras esto pasaba en Caracas, nosotros aquí, comiéndonos las uñas, en el destartalado aeropuerto de Puerto Ayacucho. El avión, para variar, estaba con retraso.

—¿Se sabe algo, gobernador? —yo seguía pegado a Liborio Guarulla.
—Como le digo… Rumores.
—¿Rumores de qué?

El gobernador no estaba con muchas ganas de hablar. El rumor, demasiado bien lo sabía, era de golpe de estado.

Al fin, nos montamos en el viejo aeroplano de la compañía Santa Bárbara. Todo el mundo iba nervioso. Todo el mundo en silencio, presintiendo. Y yo, hipnotizado con el ruido de las hélices. Los baches de nubes. El cielo cada vez más oscuro. El avión que volaba lento. O a mí se me hacía lento, no sé. ¿Cuándo se verían las luces de Caracas? El viaje se me hizo interminable. Yo me sentía como en una película. Una película puesta en cámara lenta.

En aquellos días, el mayor rumor eran "las hordas chavistas". Esa gente va a bajar de los cerros, como la otra vez, cuando el caracazo. Esos alpargatudos se van a meter en las casas. Ese malandrinaje no respeta nada y menos la propiedad privada. Y así fue que en las urbanizaciones de los ricos, los escuálidos se organizaron para defenderse de la inminente invasión de los pobres.

—Detrás de la puerta —decían los instructores— debemos tener palos, botellas, fierros. Quien tenga un arma, aunque sea una pistola de goma, que la aliste. Esa gentuza es cobarde y se asusta.
—Lo más práctico es el agua caliente por las escaleras. Oyes que ya vienen, echas el baldazo por debajo de la puerta, el agua corre hacia abajo, los malandros subiendo y resbalando. Así es la broma.
—Y todavía mejor, mijita, si el agua es jabonosa, porque ahí el resbalón los manda cabeza abajo.

[7] Pedro Carmona, presidente de FEDECÁMARAS y Carlos Ortega, presidente de la CTV.

—¿Saben qué cosa es muy útil también? El aceite hirviendo. Tengan siempre listas un par de ollas con aceite hirviendo.
—¿Para cocinar qué?
—Para cocinar nada, chica. ¿Tú no has visto en las películas viejas que mandaban esos cacharros con aceite hirviendo por las murallas? Así detenían a los invasores. Cuando esa chusma esté entrando, les vuelan aceite hirviendo por las ventanas. Que se achicharren, pues.

Te estoy hablando del este de la ciudad de Caracas. San Bernardino, La Urbina, El Marqués, Terrazas del Ávila, El Cafetal… Los opositores de Chávez, mayoritarios en estos sectores, hacían asambleas de vecinos para afinar la organización.

—Lo primero son los pitos. Un pitazo significa "¡Vienen a pie!" Dos pitazos significa "¡Vienen motorizados!"
—¿Y quién va a tocar esos pitos? —preguntaba una muchacha así toda sifrina.
—¿Y quién va a ser? Nosotros. Hay que hacer guardias nocturnas. Hoy te toca a ti, mañana a mí… Cuando lleguen, pita el que está de guardia.
—Ay, no, qué pereza… ¿Me voy a pasar la noche como murciélago esperando a que lleguen?
—Más te vale. Porque esos zambos son capaces de todo. Roban, matan… hasta violan a tu hija si pestañeas.

Era una psicosis. Se hacían cursos de autodefensa y ex militares cobraban un poco de bolos por las clases.

—Si usted ve una persona mal vestida, merodeando donde no debe, sospeche de ella. Pregúntele a dónde va, tránquele el paso. Si tiene cachucha roja, no tiene nada que preguntar. Ése es.

Ponían alarmas en los edificios. Hacían simulacros para probar las alarmas.
Hicieron censos en las residencias para saber con cuántos médicos se podía contar, quién sabía de primeros auxilios… Y sobre todo, cuántos chavistas había en el edificio. Los identificaban. En las puertas ponían calcomanías rojas para identificar a los simpatizantes del gobierno.

—Un brochazo de pintura es mejor —decía una evangélica—.Para que el ángel de Dios sepa distinguir mansos de cimarrones.

Cuando el avión aterrizó en Maiquetía, ya eran como las 8 de la noche. Ese aeropuerto era un caos. Gente corriendo para aquí, para allá… El aeropuerto estaba tomado por militares.

—¡Cada quien agarre sus macundales, porque no hay operadores ni servicio de carga!

Corriendo a buscar mis maletas y pensando cómo rayos voy a salir de este revoltijo. Llamé a la radio.

—Hubo un tiroteo en Puente Llaguno —me dice Carlos Figueroa, el salvadoreño que trabajaba en el departamento de prensa—. La cosa está más fea de lo que imaginas. Nosotros aquí apagamos todo, cerramos todo, y nos vamos para casa.

—Escucha, Carlos. Dile a la gente que los que tengan temor, se vayan. Yo lo único que necesito es un operador y un productor.

—¿Vamos a transmitir en medio de este despelote?

—¿Y qué otra cosa podríamos hacer? —yo, disimulando mis nervios—. ¿No hablamos siempre de la indecencia, quiero decir, de la incidencia en la opinión pública?

—Sí.

—Pues para cazar guabinas hay que mojarse el fundillo.

Como Carlos es salvadoreño y sabe de guerras, tomó rápido su decisión:

—A su orden, comandante —me dice—. Yo me quedo.

—¿Y con qué operador?

—Muchachos, dice Javier que cuál operador se queda aquí… Que él va a abrir la emisora…

Después de unos segundos, me avisa:

—Se queda César.

—Ok. Entonces, dile a Marisol y a los demás, que han estado tan presionados durante estos días, que se vayan a sus casas. Que duerman, que se refresquen. Si hoy vino dura, mañana será bola de humo.

—¿Y tú cómo vas a venir desde el aeropuerto?

—Pues no sé, chamo. Aquí no hay carros ni taxis ni nada. Pero espérenme en la radio. Yo llego porque llego.

Cuando apagué el celular, me entró ese agite. ¿Cómo rayos salgo yo de Maiquiteía y voy para Caracas? La noche ya estaba cerrada.

Los días antes del 11 fueron de marchas y contramarchas y cacerolazos. Los canales privados de TV, todos rabiosamente contra Chávez, transmitían las 24 horas las escenas de las protestas. Hacían cadena y repetían las imágenes hasta el empalagamiento. Y como las pasaban sin ponerles fecha, tú veías aquello y pensabas: "Cónchale, vale, eso está ocurriendo ahorita".

En Caracas, los territorios están bien marcados, como animales de selva. En el este de la ciudad —aunque en el este está Petare y Petare es inmenso y es chavista— se junta la escualidez. Ahí todos están contra el gobierno. Cuando Chávez dijo que la oposición era apenas un puñadito, que estaba escuálida,

comenzaron a estampar camisetas: YO TAMBIÉN SOY ESCUÁLIDO. Y las exhibían altaneros.

En el oeste de la ciudad, están los barrios populares, donde vive la mayoría de la población. Ahí todo el mundo está con el Presidente Chávez. El 23 de enero, Catia, Antímano, Cementerio, Caricuao… Métete por esos pedazos, sube a esos cerros y grita contra Chávez… ¡te caen a coñazos!

La ciudad está partida en dos como por una línea invisible. Nosotros, en la radio, íbamos a los dos bandos. No por neutrales, que no lo somos, sino por plurales. Para que el periodismo sea bueno hay que darle chance a todo el mundo. ¿O no?

Pero te confieso que el contraste era tremendo. Íbamos primero a los cacerolazos del lado de los simpatizantes del gobierno. Salían los motorizados, hacían bulla, "¡a defender la revolución!"… Pero todo tranquilo. Las marchas chavistas son siempre alegres, gente con parrillas vendiendo comida, vendiendo perros, hay caña, música, colores, alboroto… Una romería.

En las de la oposición, tú notabas una carga de agresividad tremenda. Había rabia, odio. Yo fui a muchísimas marchas escuálidas.

—¡Chávez maldito, desgraciado, muérgano!

Después, les dio por vestirse de negro. Negro para decir que Venezuela se está muriendo, que la democracia está de luto. Pero, imagínate, todo ese gentío de negro, como junta de zamuros, se veía como triste…

—A nuestras marchas hay que darles dinamismo, aunque sean negras —decía uno de los organizadores—. Hoy estrenaremos la bailoterapia.

Entonces, ponían una música, una tarima, y un tipo ahí menéandose y guiando el ritmo.

—No jodas, esto es una mamadera de gallos. Yo vine a desfilar por mi país, vale. Yo no vine a bailar.

Para la oposición, marchar por las calles se volvió una moda. Era un acto social. Porque ahí yo me encuentro con mis panas, allá viene fulanita que es mi vecina, qué me pondré hoy porque no puedo repetir ropa, qué van a decir mis amigas, qué va a pensar mi jefe si me cruzo con él… Los cacerolazos no los hacían, como en el lado oeste, con una olla vieja y descoñeteada, qué va. Las sifrinas inventaron una matraquita así redonda, bonita, con dos láminas que sonaban y hacían la bulla… Y luego, para no cansarse las manos, grabaron un CD de cacerolas, y lo vendían, y lo amplificaban en sus equipos de sonido.

—¡Me gusta, es cool!

En los cacerolazos de la oposición participaban curas católicos que eran antichavistas a muerte. Algunos, llevaban la Virgen como estandarte, como en las antiguas cruzadas, como Colón cuando puso la pata en estas tierras.

—¡La Virgen María marcha con nosotros y contra los comunistas!

Otras veces, se les pasaba un poco más la mano. Recuerdo al padre Pablo Hernández, capellán de Venevisión.

—¡Vamos a bendecir la marcha! —gritaba.

Resulta que la Coordinadora Democrática había contratado un camión cisterna. Y este curita, ni corto ni perezoso, bendijo el agua que llevaba dentro. Luego, se encaramó y se puso a rociar a la multitud con la manguera.

—¡Agua bendita, mis hermanos!

Era una payasada difícil de creer. El cura con sotana y roquete repartiendo manguerazos sobre aquel peo de gente. ¿Y la jerarquía? Bien, gracias. Ni esta boca es mía. Pero si un cura de la liberación, de los que apoyaba el proceso, se ponía a decir misa para los chavistas, ahí mismo le caían con todo. Que se estaba metiendo en política, que cómo es posible, que esto y que aquello. Lo de siempre, buscando la pajita en el ojo ajeno y no viendo la tremenda tubería que tienen en el suyo.

Al fin, salgo del aeropuerto con mi maleta a cuestas. Ni un solo vehículo, la gente sin saber a dónde ir, y el gobernador que se me había perdido. Epa, yo tengo que encontrar a ese hombre porque él de seguro tiene alguien que lo viene a buscar. Busca que busca, al rato acabo descubriendo a Liborio Guarulla, medio despalomado entre un poco de gente.

—¿Usted va para Caracas, gobernador?
—Sí, claro. ¿Para dónde más?
—¿Y lo vienen a buscar? —insinué mi intención de pedirle cola.
—Venían —respondió frustrado—. Me acaban de llamar que no pueden acercarse por el bochinche que hay.

De pronto, como si Dios mandara un ángel con alitas, llega una camioneta.

—Estoy libre —dice el chofer—. La cosa está difícil, pero puedo llevarlos.
—Para luego es tarde —dice el gobernador, resuelto.
—¿Puedo ir con usted? —digo yo, suplicante.
—No preguntes y móntate.

Cuando dejamos atrás el aeropuerto de Maiquetía, me volvió el alma al cuerpo. Y también el culillo.

—Chofer, cuéntenos qué ha pasado.

—Los chavistas mataron un poco de gente en Puente Llaguno —dice, convencido de su versión—. Una vaina muy arrecha.

—¿Y cómo sabe usted que fueron los chavistas los que tiraron? —hice la clásica pregunta periodística.

—Bueno, eso es lo que anda diciendo y repitiendo la televisión. Que Chávez mandó a disparar a sangre fría. Que puso a unos francotiradores en los hoteles de alrededor y pum, pum, pum, ocho muertos, diez muertos, ni sé cuántos van.

El gobernador se mantenía en silencio. Y yo, queriéndome sacar la piedra y saber qué había pasado de verdad en Puente Llaguno.

—No me hable de televisión —me impacienté—. Ponga la radio. Mejor dicho, ponga Fe y Alegría. Yo trabajo ahí.

El chofer sintoniza la 1390 y sólo música se oía.

—Póngame Radio Nacional —le insisto.

Cuando agarra Radio Nacional, un locutor está diciendo: “Fueron francotiradores los que dispararon desde los edificios, sí. Pero, ¿quién los mandó a apostarse ahí? Lo cierto es que hay muertos entre los chavistas y hay muertos entre la oposición… Hay 17 muertos. ¿Quién dio la orden de tirar? Esa es la pregunta que todavía… zzzzzzzzzzzzzzzz

—¿Qué pasó, chofer? ¿Se cayó la radio?

—Aquí el que se cae es Chávez, se lo digo yo. Deje ver…

A los pocos segundos, por Radio Nacional de Venezuela comienza a sonar una musiquita. Y ni una noticia más.

—Busque otra emisora, chofer.

En la primera que capta, la locutora estaba gritando: “¡Asesinos, gobierno asesino!”. Cambia a otra: “El gobierno ha demostrado su total irrespeto por la vida humana ordenando la masacre, disparando sobre la multitud que…”

En eso, suena mi celular. Era Reina Hoyos, la mamá de mis hijas, llamándome desde Maracaibo.

—Javier, ¿donde estás?

—Montado en una camioneta rumbo a Caracas.

—¿Y qué vas a hacer?

—Voy para la radio a ver qué pasa.

—Aquí están tus hijas. Regresa ahora mismo al aeropuerto y ven a Maracaibo.

—¿Cómo voy a regresar si de chiripa conseguí esta cola? El aeropuerto está tomado. No hay marcha atrás.

—Pues ve a la terminal de buses y te agarras el primero que salga para Maracaibo.

—Reina, entiéndeme. Yo tengo que cumplir.

—Con quien tienes que cumplir es con tus hijas. Tu familia es lo primero.

—Dame un minuto —quise ganar tiempo—. Te llamo ahorita.

Seguíamos avanzando por la ciudad en tinieblas. Los barrios a oscuras. Silencio, puertas y ventanas cerradas. Y vemos pasar convoyes militares. Tanques, más tanques. Como yendo a una guerra.

—Fíjese, amigo, están instalando alcabalas —el chofer comienza a meterse por unos atajos, abandonando las vías principales.

Yo seguía con el eco de mi mujer en la oreja. Llamo a Gerardo Lombardi, director de la radio Fe y Alegría en Maracaibo.

—¿Qué vas a hacer, Javier?

—No sé —las ideas se me emburujaban en la cabeza—. ¿Ustedes que están haciendo?

—Aquí estamos transmitiendo desde la madrugada. La cosa está bien brava.

—Pues…

—Si vas para la radio, te apoyo. Si quieres ir con tu familia, estás en tu derecho. Lo que tú decidas está bien.

—Dame un minuto para pensarlo.

Me quedé pensando, pero no completé el minuto.

—Hay que echarle pichón al asunto —me digo para convencerme a mí mismo—. Si no es ahora, ¿cuándo?

Llamo a mi mujer y la encuentro más alebrestada que antes.

—Quédense tranquilos —finjo calma—. Yo voy para la radio. Es mi deber.

—¡Tú deber soy yo!... ¡Y tus hijas!

Ella llorando, gritando, que no, que no, que me pedía que me viniera, que me exigía que me viniera. Corté la llamada porque ya me estaba arrugando con tanto lloriqueo.

Marco nuevamente a Gerardo Lombardi.

—Mira, llama y tranquiliza a esa mujer mía que está como palo de gallinero.

—¿Qué vas a hacer, por fin?

—Voy para la radio. Abrimos el micrófono y comenzamos a informar a la audiencia.

—¿Estás seguro de tu decisión?

—Como que me parió mi mamá.

Mentira. Yo no estaba seguro de nada. Pero la vida te pone, a veces, en situaciones de sí o sí. La vida te empuja. ¿A dónde podía ir yo mientras aquella camioneta seguía rodando por los callejones oscuros de Caracas? Dicen que los héroes son los que no tuvieron tiempo de correr.

El 11 amaneció garuando. La oposición había convocado una marcha que saldría del Parque del Este y llegaría hasta Chuao. Las radios y las televisoras despertaron a la gente con cintillos y consignas: "¡Venezolanos, todos a la calle!... ¡Trae tu bandera!.. ¡Ni un paso atrás!"

Por la autopista Francisco Fajardo se veía ese río de opositores a Chávez embanderados y gritando. Pero cuando la cabeza de la marcha llega al local de PDVSA en Chuao, los líderes se encaraman en la tarima y comienzan a decir que se van para Miraflores. Son once kilómetros hasta el centro de la ciudad, donde está el Palacio de Gobierno. Pero nada ni nadie los detenía. Dieron media vuelta y enfilaron hacia Miraflores.

La televisión atizaba la candela. Eso eran imágenes y más imágenes de la marcha. Entrevistaban a los manifestantes enfurecidos:

—¡A retomar el poder!... ¡Ahora sí sacamos a ese coño é madre!
—¡Chávez, comunista, ya nos tienes hastiados!
—¡No queremos un zambo como presidente!... ¡Marginales!
—¡Y mira ese ministro que lo acompaña, el tal Aristóbulo, que parece un mono!... ¡Pál zoológico, donde debe estar!
—¡Desobediencia civil!

El ambiente era de rebelión. Por las emisoras y televisoras privadas se llamaba abiertamente a tumbar al gobierno. ¡Y después dicen que aquí no hay libertad de expresión!... Porque esa vez, hasta con la esposa de Chávez se metieron.

—¡Marisabel, si nos estás escuchando, habla con tu esposo y dile que renuncie, que se largue!... ¡Y si no renuncia, vete tú, abandona a ese tirano!

Fueron a la casa presidencial aquí en los Dos Caminos, en la Carlota, y rodearon la casa y golpearon la puerta.

—¡Sal, Marisabel, ten dignidad, salte con tus muchachos, abandona al tirano!

Y coreaban hasta desgañitarse: "Se va, se va, se va… se va, se va". Y luego comenzaban las consignas:

—¡Ni un paso atrás!... ¡Fuera, fuera, fuera!

Janet, nuestra locutora, estaba en la marcha y logró, a empujones, acercarse a Antonio Ledesma. Con su celular logró sacar al aire los gritos del dirigente de la Coordinadora Democrática.

—¡Hoy vamos a recuperar el poder!... ¡Hoy sí!
—Pero lo que están haciendo es una locura —le urgía Janet— ahí adelante hay gente que los está esperando. ¡Van a chocar los dos trenes!
—¡Hoy salimos de Chávez, hoy salimos de este problema!... ¡Aquí hay que hacer como en Argentina con De la Rúa, cercar Miraflores y que se largue el tirano!

Cuando Janet colgó, nos derrumbamos en la cabina de la radio. Yo me eché a llorar.

—Hoy va a haber una matazón.

Al fin, después de mil desvíos y otros tantos callejones, llegamos a la casa del gobernador. Todavía hoy no sé dónde queda. En medio de aquella angustia, qué me iba a fijar en direcciones.

Cuando el carro toca la corneta, sale la hija del gobernador dando gritos:

—¡Ay, papá, a Chávez lo sacaron!... ¡Dicen que ya renunció!
—¿Cómo que renunció?
—¡Que lo metieron preso, que lo van a mandar para Cuba!
—Tranquilízate. Vamos para adentro.
—Y yo… —meto la cuchara— ¿para dónde voy?
—Amigo chofer —muy cortés el gobernador—, ¿cuánto le debo?... Ah, y por favor, lléveme a este muchacho a donde él le diga.
—¿Para dónde va usted?
—A La Urbina. A Radio Fe y Alegría.

No olvido la buena vibra del gobernador Liborio Guarulla cuando me despidió.

—Cuídese, Javier.
—Cuidémonos, gobernador.

Todavía no eran las tres de la tarde y ya estaban informando de los primeros heridos. ¿O muertos? Se escuchaban tiros, gritos. Pero, ¿quién tiraba y desde dónde? Yasmín, del equipo de prensa, había ido a cubrir en Puente Llaguno, que queda a un par de cuadras del Palacio de Miraflores. Nos llama desde su celular.

—¡Aquí la broma está pelúa!... Están disparando… Yo estoy metida debajo de un carro porque…

De fondo, escuchábamos la plomazón, los alaridos, los pepazos. En la pantalla, veíamos los alrededores de la estación del Metro El Silencio, atiborrados de gente.

A las 3 y 45 de la tarde fue la cadena nacional de radio y televisión. Desde el Salón Ayacucho del Palacio de Miraflores, Chávez se dirigió a la nación: "Retírense, no lleguen a Miraflores, evitemos la confrontación."

Fue, entonces, que los cuatro jinetes del apocalipsis, como el mismo Chávez los había llamado en su momento —Venevisión, Globovisión, RCTV y Televén— tuvieron la conchuda idea de partir la imagen. En el lado izquierdo de la pantalla aparecía Chávez llamando a la calma. En el derecho, los chavistas matando gente. ¿O no eran chavistas? Pero para el público sí eran, porque los comentaristas de las televisoras lo afirmaban así:

—¡Chávez se ha manchado las manos de sangre!... ¡Una masacre en El Silencio!... ¡Asesino, asesino!

Transmitimos hasta las siete de la noche. Después, cerramos la radio y calabaza, calabaza, cada quien para su casa.[8]

Cuando llegué a la radio, estaba todo oscuro y cerrado. ¿Habría alguien adentro? El chofer me deja y se despide:

—Yo me voy, amigo, que la cosa se va a furruquear más.

Agarro el celular y veo que ya no tiene carga. Aporreo la puerta de la emisora.

—¡Abran la puerta!... ¡Soy yo, Javier!

Y comienzo a oír tiros a lo lejos. Tiros ya no tan lejos. De pronto, una bulla de gente que se acerca. Seguramente malandros, pensé. Pero no me abrían la jodida puerta y yo seguía como un huérfano con la maleta y los malandros que ya vienen por la esquina.

—¡Carlos, César, abran la puerta, coño!... ¡Me van a destripar aquí y ustedes encuevados como dos ratones!

[8] "Cuando la matanza, Ortega y Carmona no estaban en la marcha. Invitados por Cisneros, se instalaron cómodamente en el búnker de Venevisión, junto con el presidente de la Conferencia Episcopal, monseñor Baltazar Porras, el empresario periodístico Rafael Poleo y el ex ministro del Interior chavista, el octogenario Luis Miquilena, quien iba a anunciar su separación expresa y pública del gobierno de Chávez. En determinado momento, Carmona dijo sentirse fatigado y pidió retirarse por algunas horas para ir a descansar y reanudar la conversación en la siguiente mañana. Pero desde el Fuerte Tiuna informaban que Carmona estaba allí, en la oficina del general Vázquez Velasco, Comandante en Jefe del Ejército. Ortega, visiblemente ofuscado, habló por su celular consecutivamente con Carmona y Vázquez, y se abstuvo de ir al recinto militar. La alianza obrero-empresarial aparentemente había terminado con una previsible traición." Aram Aharonian, Petróleos de Venezuela, el gran botín del golpe, Brecha, Uruguay, 21 de abril del 2002.

Me metí en unas matas y cuando veo que ya se acercan los patoteros, oigo el chirrido de la puerta. De un salto estaba dentro y bajo llave.

—Aquí estamos —dice Carlos, el salvadoreño—. Es que le habíamos metido candados y sillas a todas las puertas.

—¿Están listos?

—Requetelistos para lo que usted mande.

—¿Y tú, César, te quedas también?

—Me quedo con una condición. Que haya café y cigarrillos para pasar la noche.

—Hay —le digo —. Marisol compró como para una guerra.

—¿Vamos a salir al aire?

—No es que vamos, es que ya estamos saliendo. Carlos, búscate la libreta con los teléfonos a ver qué reportero queda por la calle. César, ¿listo en la parte técnica? Ve buscando conexión con Maracaibo. ¿Estamos?

Todavía no eran las 10 de la noche cuando abrimos los micrófonos.

—Saludos a todos los oyentes del país que nos escuchan a través de la red informativa nacional de Radio Fe y Alegría. Amigas y amigos de la 1390, estamos nuevamente en el aire llevando a sus hogares las noticias, las diferentes versiones de los trágicos incidentes ocurridos en esta jornada… ¡Fe y Alegría con todas las voces!

Cuando Javier llega a la radio de Caracas, vuelve a llamarme a Maracaibo.

—Ya estamos en el aire, Gerardo —me habla acelerado—. Pero tengo un problema.

—Feliz tú que sólo tienes uno —le digo—. ¿Qué pasó?

—Que nosotros no hemos pagado el recibo de DIRECT TV. No podemos sintonizar los canales internacionales.

—Eso es una gran vaina porque los canales nacionales están haciendo propaganda más que información.

—¿Ustedes sí pagaron?

—Maracucho cumple, compañero.

—Aquí en Caracas no podemos ver nada, ni siquiera lo que ocurre en Caracas.

—Y aquí en Maracaibo no podemos cubrir los hechos, porque el desnalgue es allá en la capital.

—¿Entonces?

—Hagamos lo del cojo encaramado sobre el ciego.

—¿Cómo es esa jugada?

—Nosotros les prestamos los ojos a ustedes, les decimos lo que estamos viendo en televisión. Y ustedes nos prestan las patas. Y mandan los reporteros a donde esté la candela. También les podemos adelantar contactos telefónicos desde aquí de Maracaibo. ¿Qué dices?

—Eso es un tiro al piso —Javier ya más sereno—. No tiene falla.

Yo me atornillé a la mesa de la cabina master y comencé a informar y a intentar analizar lo que estaba pasando.

—La información que se está manejando en casi todos los medios es que ha habido una masacre y que el presidente Chávez es responsable de ella porque fue él quien dio la orden de disparar. Vamos a buscar otras fuentes porque en la televisión privada ya sabemos qué piensan.

Le digo yo a Carlos que encuentre donde sea, bajo las piedras, a Miguel Salazar. Es un periodista confiable y está vinculado con fuentes militares. De seguro nos puede dar otra versión de los hechos. Como no teníamos reporteros en la calle, teníamos que valernos del teléfono. Tuvimos tanta suerte que entró la llamada.

—Hola, Miguel, buenas noches. Dinos cuál es la situación hasta ahora.
—Bueno, hay una confrontación de carácter militar en estos momentos. Militares afectos al gobierno y militares en contra.
—¿Y dónde está Chávez?
—Sigue en Miraflores. Está con sus ministros, con su gente. Están analizando. No se sabe más nada.
—Pero, ¿Chávez ha renunciado o no?
—Un grupo de generales que parecían de los más leales se han alzado contra él. Están en este mismo momento presionándolo para que renuncie. Si en diez minutos no se resuelve esto, hay la amenaza de un ataque sobre el palacio.
—¿Y qué está pasando en los cuarteles?
—En los cuarteles hay división. Se viene una confrontación de consecuencias impredecibles.
—Explícame lo de Puente Llaguno. ¿Chávez dio la orden de disparar como dicen los medios?
—No, no, así no es la cosa. Todo esto ha sido bien planificado por los sectores de oposición.
—¿Quiénes dispararon?
—Unos francotiradores que estaban apostados en los alrededores, en las azoteas. Mira, Javier, tengo información de que en el hotel Edén hace poco se hizo un operativo y se capturaron a unos extranjeros. Tenían armas. Los lograron agarrar. Esos fueron mandados por quienes querían que se formara la matazón. La cosa no está clara.
—¿Entonces…?
—Cuando hay un crimen, la mejor forma de descubrir al criminal es averiguando quién se beneficia. Y la oposición está aprovechando muy bien a los muertos de El Silencio. ¿Me explico?

Con las palabras de Miguel Salazar, por primera vez, se escuchaban otras voces que permitían desmontar el terrorismo verbal de los medios privados.

—Chávez quiso activar el Plan Ávila —continúa mi entrevistado.

. —¿Qué Plan Ávila?

—Bueno, tomar las instalaciones militares, petroleras, hospitales, aeropuertos, los centros claves, como una acción preventiva, disuasiva…

—¿Y por qué no se activó?

—Porque los que tenían que activarlo eran los militares que se rebelaron contra el presidente.

—Cuando venía de Maiquetía vi pasar tanques…

—Esos tanques los pidieron para proteger Miraflores. Pero hubo una contraorden de un militar rebelde que mandó a retirar los tanques.

—La cosa está muy confusa. Ahora se centra todo en Miraflores. Me consta que se está planificando un ataque al palacio por vía aérea o terrestre.

Por mi mente pasaban las fotos de otro día 11, el 11 de septiembre en Santiago de Chile. ¿Se repetiría la historia?

—¿Y qué va a hacer Chávez?

—Nadie sabe nada.

Agradezco a Miguel Salazar y empiezo a analizar con la audiencia. Pero… ¿será que alguien nos está escuchando? Aquel trío matamoros —Carlos, César y yo— nos sentíamos hablando a nadie, como los locos. Además, aquella cabina en tinieblas a medianoche, transmitiendo como si fuera guerra… Es que era guerra.

Lo de Puente Llaguno fue, literalmente, la crónica de unas muertes anunciadas. En la víspera, la noche del 10, el corresponsal de la CNN, Otto Neustadtl, recibió una extraña llamada de un alto mando militar:

—Queremos grabar mañana un video. Contamos con usted, Otto.

Otto Neustadtl fue al Palacio de Cristal, cerca del Parque del Este. Diez oficiales de alto rango se habían dado cita allí y lo esperaban. El contralmirante Héctor Ramírez Pérez, quien después fue designado como Ministro de Defensa por Carmona, encabezaba el grupo. Los militares se cambiaron sus uniformes de campaña por los de gala. Ramírez Pérez se puso al centro.

—¿Comenzamos?

El corresponsal ordenó al camarógrafo y empezó la grabación.

—Una conspiración macabra ha sido activada —el tono de Ramírez Pérez era de telenovela—. La masacre ordenada por el presidente Hugo Chávez ha costado la vida a varios venezolanos. Deploramos la muerte de estos civiles inocentes y exigimos la inmediata renuncia del presidente.

El corresponsal se extrañó porque no se había reportado ninguna víctima en ninguna masacre.

—Como ensayo está bien —el contralmirante Ramírez Pérez estaba insatisfecho con la primera toma—. ¿Podemos grabar nuevamente?

Ramírez Pérez carraspeó, se ajustó el flamante uniforme blanco y precisó el número de bajas.

—Hasta el momento, van seis muertos y decenas de heridos.

Todavía la marcha de la oposición no había llegado a Miraflores. Todavía no se había producido un solo disparo en Puente Llaguno. Pero ya los militares golpistas sabían lo que iba a ocurrir. ¡Una noticia de penúltima hora![9]

Metí un televisor en la cabina de la radio. A falta de canales internacionales, me puse a ver Venevisión, que repetía mil veces el video de los pistoleros en puente Llaguno. En otro canal, ya ni recuerdo cuál, estaban transmitiendo desde La Carlota, que es el aeropuerto militar. La televisión me daba las imágenes. El análisis de las imágenes lo hacía yo.

—En estos momentos hay un grupo de manifestantes de la oposición en La Carlota para impedir que Chávez y su familia y sus ministros escapen hacia Cuba. Sin embargo, nosotros tenemos información precisa de que Chávez sigue en Miraflores. Que no ha salido. Incluso, que no piensa salir.

Pero los canales privados aseguraban que Chávez había renunciado y ya estaba rumbo a Cuba, a España, a Chile…

—Nosotros tenemos otras fuentes. Y éstas nos aseguran que el presidente continúa en Miraflores.

Chequeamos el dial. Todas las radios, todas las televisoras, parecían fotocopia una de otra. Lo mismo, lo mismo, lo mismo. Chávez asesino, Chávez renunció, Chávez se fuga del país. Digo al aire:

—César, sintoniza Radio Nacional…

Estaban pasando música venezolana.

—Cesar, pon el canal 8…
—zzzzzzzzzzzzzzzzzz…
—¿Están escuchando, amigas y amigos de Fe y Alegría? No hay señal en la televisora del Estado. Está fuera del aire.

[9] Pocos meses después, durante un foro en la Universidad de Aragua, el mismo Otto Neustadtl reveló estos datos. Véase Luis Britto, Venezuela: investigación de unos medios por encima de toda sospecha, Questión, Caracas 2003, y de Eva Golinger, El Código Chávez, La Habana, 2005.

Luego supimos que la oposición tomó Radio Nacional y el Canal 8. Entraron con militares y policías golpistas del Estado Miranda. Arrancaron los cables y desmantelaron la estación. Ellos, los defensores de la libertad de expresión.

Aquella noche del 11 de abril, éramos la única emisora en Caracas haciendo repicar la otra campana.

¿Qué si los gringos estaban metidos en todo esto? Resulta que aquel 11 de abril se hallaban en Fuerte Tiuna el teniente coronel James Rodgers y el coronel Ronald Mc Cammon, dos oficiales norteamericanos que estaban en Venezuela desde junio del 2001 "preparando el terreno".

Desde el 6 de abril la CIA había advertido al gobierno de los Estados Unidos, "que facciones militares disidentes estaban intensificando esfuerzos para organizar un golpe contra el Presidente Chávez". Los planes eran utilizar las manifestaciones opositoras para generar disturbios y arrestar a Chávez y a otros altos funcionarios.

El 8 de abril ocurrió una situación. En un acto diplomático celebrado en el lujoso hotel Meliá de Caracas, el Oficial de Marina estadounidense David Cazares confundió al general González Cárdenas con el general González González. Ambos son calvos y vestían el mismo uniforme del ejército con una chapa que decía simplemente "González".

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Cazares a González Cárdenas creyendo que se estaba comunicando con González González—. ¿Por qué no han contactado los barcos que tenemos en la costa y el submarino sumergido en la Guaira? ¿Qué están esperando?

Al finalizar la recepción, Cazares se encontró de nuevo en el ascensor con González Cárdenas y volvió a confundirse. Esta vez lo increpó con firmeza:

—¡Esto tiene un costo operativo! ¡Espero su respuesta![10]

Faltando unos minutos para las once de la noche, los colegas de Maracaibo consiguen una entrevista con Carlos Javier Rojas, jefe de prensa del Palacio de Miraflores.

—Hay muchos rumores. Dicen que el Presidente Chávez ha huido ya, que sus ministros también.

—Nadie ha huido y nadie va a huir —dice Rojas—. Los ministros están aquí en el despacho con el Presidente Chávez.

—¿El Presidente va a hablar al país?

[10] Isaías Rodríguez, Fiscal General de la República, ante la Asamblea Nacional, 12 abril 2005, citando a Eva Golinger, El Código Chávez.

—¿Y cómo puede hacerlo? ¿A través de cuál medio si pasó lo que pasó en Radio Nacional y en Venezolana de Televisión? Nos tienen aislados.

—Señor Rojas, dígale al Presidente Chávez que aquí están los micrófonos de Fe y Alegría. Si él quiere comunicarse con el país, estamos a la orden.

—Pues te agradezco la oportunidad. Ahora mismo hablo con Chávez para que salga al aire con ustedes. Dame unos minutos solamente y te lo consigo.

Seguimos hablando, analizando y, sobre todo, esperando la comunicación de Rojas para poder ofrecer al país las declaraciones de Chávez directamente desde Miraflores. Al rato, nos llama Rojas.

—¿Sale o no sale lo del Presidente? —pregunto con impaciencia periodística.

—Ya lo tengo. Ya va. Está terminando en estos instantes una reunión.

Pero corría el reloj y no terminaba la reunión. Pasaban los minutos y no nos llamaba el jefe de prensa.

—Bueno —digo yo—, como lo de Chávez está verde, busquen a Maduro.

—¿Cómo a maduro? —Carlos no agarró la bola.

—Al diputado Nicolás Maduro.

Con el celular y la ayuda de algún orixá, lo conseguimos.

—¿Qué se sabe, diputado?

—Nosotros veníamos denunciando esto… Ahorita mismo se está consumando el golpe de estado.

—¿Golpe de estado?

—Sí, un golpe de estado fascista. No tiene otro nombre. Este es el resultado de la guerra mediática emprendida por los dueños de los canales de televisión con Gustavo Cisneros a la cabeza. Denuncio a Gustavo Cisneros porque él está detrás, financiera y políticamente, de este golpe.

—¿Ustedes qué van a hacer, diputado?

—Resistir. Combatir. Y vencer. Porque tenemos un pueblo consciente y unas Fuerzas Armadas que se mantienen unidas, a pesar de los traidores. El Presidente sigue con nosotros. ¡Y aquí hay más de 50 mil personas para defenderlo!

Medianoche. Nosotros seguíamos entrevistando, analizando, comentando, esperando la comunicación con el Presidente Chávez. Pero nos volvía la duda:

—¿Será que alguien nos escucha?

—Echémosle pierna —decía Carlos—, porque aquí lo que hay que hacer es informar.

En ese momento, aparece por televisión la carta de renuncia de Chávez. Pasaban el texto tan lentamente, que se podía leer al aire.

—¡Atención, atención!... —tomé la primicia de Televén—. En estos momentos está dándose a conocer la renuncia del ciudadano Hugo Chávez Frías al cargo de Presidente de la República Bolivariana de Venezuela… Un momento, amigas y amigos de Fe y Alegría… Estoy viendo y leyendo la carta… pero al final, lo que no veo es la firma del Presidente. Esta carta no está firmada. Aquí tiene que haber gato enmochilado.

Los hechos pasaban tan rápido que había que informar y analizar al mismo tiempo. Me conecto con la nuestra radio de Maracaibo.

—Pensemos lo que está pasando —me dicen los colegas maracuchos— a la luz de la Constitución. ¿Cuadra o no cuadra con los artículos de la Constitución? Porque el Presidente, si quiere renunciar, tiene que hacerlo ante la Asamblea Nacional, no por una carta que aparece en un canal de televisión. ¡Una carta sin firma!

—¿Y entonces?

—Entonces, no es gato, sino tigre dentro de la mochila.

Quise llamar al Vicepresidente de la República, Diosdado Cabello, para confirmar o no la validez de la famosa carta de renuncia. Me contesta el edecán, que está junto a él, en el Palacio de Miraflores.

—De Fe y Alegría —me presento—. Queremos entrevistar al Vicepresidente. ¿Se puede poner?

—Disculpe, señor periodista, pero estamos en una operación para esconderlo.

—¿Esconderlo? ¿Por qué?

—Hay una orden de protección para él. No se lo puedo poner porque… ¡ahora mismo estamos en la operación!

¡Épale! Si quieren esconder al Vicepresidente y lo están llevando a otro lugar es por aquello de que si el primero cae el segundo se para. En eso, nos alertan desde Maracaibo.

—Javier, no te muevas. Ya parece que tenemos conexión con Miraflores. Nos va a atender el Presidente Chávez.

Eran más de las tres de la madrugada cuando entra la ansiada voz de Rojas, el jefe de prensa del Palacio.

—¿Fe y Alegría?

—Sí.

—Ya le paso el celular al Presidente Chávez… Un momento…

—¿Señor Presidente?... ¿Señor Presidente?

Se cae la llamada. Intentamos otra vez y nada. ¿Será que ya atacaron a Miraflores?

—¡Carlos, corre, llámame a la diputada Desiré Santos Amaral, que es periodista y es muy cercana a Chávez… ¡Ubícala rápido!
—Ya tengo a la diputada. Te la paso…
—Diputada, íbamos a hablar ahora mismo con el Presidente, pero…

Y empieza Desiré Santos a llorar. Un llanto contagioso, angustioso, saliendo al aire.
—Diputada Santos Amaral, ¿por qué está llorando?
—¡Porque se lo llevaron preso!... ¡Ahora mismo se lo están llevando!
—¿A quién se están llevando preso?
—A nuestro Presidente…
—¿Cómo preso? ¿Quién se lo está llevando?
—Unos generales. Y no lo dejaron hablar, no lo dejaron explicarse, no lo dejaron despedirse… —la diputada Desiré era un mar de llanto.
—¿Por qué se lo están llevando? ¿De qué lo acusan?
—Ellos dicen que él es el culpable de los muertos de El Silencio.
—¿A dónde lo están llevando?
—A la Comandancia General.
—Diputada, en la televisión apareció una carta con la renuncia de Chávez. ¿El Presidente ha renunciado?
—No, ningún renunciado. Él nos dijo que no iba a renunciar. ¡Esto es un golpe de estado!

¡Cagada de zamuro! En el mismo instante en que íbamos a conseguir la comunicación con Chávez, los generales se lo estaban llevando preso. Fue cuestión de segundos. Y ya no lo dejaron hablar.

12 DE ABRIL 2002

Nos pasamos la noche a punta de café. Eran unos tarros así de grandes. César pegado a los controles, Carlos que iba y venía marcando celulares, y yo que hablaba por el micrófono y veía la televisión al mismo tiempo. Eran como las cuatro de la madrugada.

—En la pantalla estamos viendo que llega un carro blindado a Fuerte Tiuna, lo que era el Ministerio de Defensa. Está bajando el Presidente Hugo Chávez… Sólo se le ve de espaldas… Viste uniforme militar y boina roja… Está rodeado de generales que lo llevan detenido… ¿Qué pasará ahora?

Lo que pasó fue que el general Rommel Fuenmayor le extendió a Chávez el papel para que firmara la renuncia. Y Chávez dijo que no firmaba nada. El general González González, el pelón confundido por el gringo con el otro pelón, le ordenó a Chávez que se quitara el uniforme de campaña y que firmara la renuncia. Y Chávez se puso un mono y una franela, pero dijo que no firmaba nada. Vázquez Velasco le metió en las narices el papel con la renuncia:

—¡Firme!

—Yo no voy a firmar nada —insistió Chávez—. Y ustedes, asuman su responsabilidad. Están dando un golpe de estado.

Amaneciendo, los militares nombraron como Presidente de Venezuela a Pedro Carmona Estanga, que también estaba en Fuerte Tiuna, sentadito y esperando la decisión dedocrática de los generales golpistas. Por la radio sacamos sus primeras y chimbas palabras: "Anuncio a la nación que el Presidente Chávez presentó su renuncia. Frente a este hecho, se ha decidido que se forme un gobierno de transición y se me ha pedido que yo lo encabece."

Termina Carmona y comienzo yo:

—"Se ha decidido"… ¿quién ha decidido?... "Se me ha pedido"… ¿quién ha pedido?... Amigas y amigos, ¿dónde queda la Constitución en todo este asunto?

Al rato, aparece en televisión el General en Jefe del Ejército Lucas Rincón en cadena nacional: "Quiero anunciar al país que, en vista de lo ocurrido, el Alto Mando solicitó la renuncia al Presidente, la cual aceptó."

Ahí comenzó el jolgorio en las televisoras. ¡Renunció el tirano, el asesino de El Silencio! Eso era una cursera de palabras contra Chávez, todo lo malo del mundo lo había hecho el gobierno, tan malísimo que no bastaba la renuncia, había que llevarlo a los tribunales, juzgarlo, condenarlo, hacerlo picadillo. A él y a todos los chavistas.

Una periodista de televisión (no digo el nombre por vergüenza ajena) decía:

—Hacemos un llamado al pueblo en general. Si usted sabe de un chavista, denúncielo. Diga dónde vive, las autoridades irán a buscarlo.

Comenzaron los allanamientos, los operativos de la PTJ,[11] gente golpeada, asesinada. A Rodríguez Chacín, ministro del interior, lo metieron preso, al diputado Tarek William lo sacaron a empujones de su casa. Fueron a la embajada de Cuba, la sitiaron, destruyeron los carros diplomáticos, insultaron al embajador y lanzaron una bomba que incendió el garaje. También varias emisoras comunitarias fueron allanadas. Me contaron de un reportero de Radio Perola[12] que estaba como nosotros informando. Llegan los policías y echan abajo la puerta de la emisora. Lo golpean, lo vendan, lo arrastran hasta un carro, lo llevan a su casa. Ahí estaba su esposa y sus dos hijos. Un policía agarra por los cabellos a la mujer y la tira al piso.

—¡Chavista de mierda!... ¡Aquí tienen armas escondidas!

Ellos mismos plantaron un saco de balas en la casa y la obligaron a firmar una declaración que habían escrito previamente. Si no firmaba, mataban a los chiquitos. Al reportero lo siguen pateando y se lo llevaron preso, a la cárcel, por el delito de hablar.

Mientras esto ocurría en la calle, los canales de televisión, eufóricos, decían sin sonrojo: "¡Gracias Venevisión, gracias Globovisión, gracias RCTV, gracias Televén!... Sin el concurso de los medios de comunicación esta victoria no hubiera sido posible."

Globovisión mostraba imágenes de un grupo de opositores reunidos en La Carlota, el aeropuerto militar, por donde imaginaban que Chávez escaparía. Ahí, en una pared, estaban escribiendo la lista de todos los diputados chavistas: Nicolás Maduro, Iris Varela, Juan Barreto, Luis Tascón… Y luego, encendían velas de muerto. Ustedes van a pagar por todo esto, desgraciados. Los vamos a buscar, aunque se escondan… ¡y van a descansar en paz!

En medio de aquel engorilamiento, quise poner un punto de orden a través de nuestra emisora.

—Amigas y amigos, tómense un café —otro más— junto a nosotros y vamos a reconstruir los hechos. Por un lado, hemos visto una carta de renuncia sin firma. Por otro lado, Lucas Rincón dice que el Alto Mando le pidió la renuncia a Chávez, la cual él aceptó. Aceptar no es lo mismo que firmar. Son dos cosas distintas y, como sabemos, papelito manda. ¿Dónde está el documento firmado? Quiero verlo. Además, hay un pequeño detalle. La mayoría de los militares que aparecieron en la cadena televisiva junto a Rincón no pertenecen al Alto Mando. Aquí hay algo raro. Esto huele a pescado. ¡A pescado de cuatro días!

---

[11] Policía Técnica Judicial.
[12] Nicolás Rivera. Radio Perola transmite en Caricuao en la banda de 92.3 FM. Junto con Radio Catia Libre, Catia TV y TV Caricuao fueron allanadas el 12 de abril.

Fe y Alegría estaba sola en el dial venezolano dando otra versión de los hechos. Desde Maracaibo y Caracas, seguíamos jugando al ciego y al cojo. Hacia fuera, en el ámbito internacional, nos enlazábamos con la red satelital de ALER[13] *que reproducía nuestra señal para todas sus emisoras en América Latina y el Caribe.*

—Si no se enteran dentro, que lo sepan fuera.

Con los periodistas de ALER, Mario Villalobos y Pepe Arévalo, analizábamos la situación. Ellos se comunicaban con sus corresponsales de Chile, de Perú, de Ecuador, de Bolivia… Se estaba formando una cadena de emisoras populares y comunitarias en todo el continente que retransmitían las informaciones de Fe y Alegría. También contactamos con España.

—¿Qué se dice por allá de lo que pasa en Venezuela?

—Aquí la prensa anda publicando que se acabó Chávez. Que después de masacrar al pueblo, el dictador huyó hacia Cuba.

En la madrugada, cuando ya el golpe estaba consumado, nos llaman de Quito para que les hiciéramos un balance de la situación.

—¿Tienen lista la nota, Mónica? —me pregunta Pepe, el de ALER.

—No hemos tenido tiempo ni de rascarnos una oreja —le respondo yo, entrando y saliendo de cabina.

—No importa, vamos a hacer todo el noticiero en vivo desde Venezuela. En América Latina tienen que saber lo que está pasando en la tierra de Bolívar. ¡Alístense!

Rogelio y Alexander, a pesar del agotamiento, se parquearon detrás de ese micrófono y estuvieron toda la santa noche transmitiendo vía teléfono hacia Quito. En un momento, los miré hablando pero con los ojos cerrados. ¿Un caso de sonambulismo radiofónico?

Amaneció sobre Caracas. Los de Maracaibo me dicen que ellos están sacando al aire las llamadas de los oyentes.

—¿Cómo está el ánimo de la gente? —le pregunto.

—La gente está triste, alicaída, agüeboneada. Hay de todo, claro. Otros están tirando cohetes.

Pues, vamos con las llamadas. Abramos el teléfono y que la gente diga lo que quiera decir.

---

[13] ALER, Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica, con sede en Quito, envía diariamente por satélite sus informaciones a más de 100 emisoras populares en América Latina y el Caribe.

—Amigas y amigos de la red informativa nacional Fe y Alegría, durante la noche ha pasado esto y esto. Hemos intentado llamar a unos y a otros, a simpatizantes y opositores, pero los celulares están apagados. O saboteados, no sabemos. Pero no hay con quién comunicarse. Dígannos ustedes. Llamen a la radio y dígannos qué piensan de lo que está pasando en nuestra querida Venezuela.

—Aquí no va a llamar nadie —dice César de aguafiestas—. ¿Quién nos habrá estado escuchando a nosotros en medio de este verguero?

Y comienza ese teléfono, ran, ran, ran… Una llamada y otra y otra y otra más. Eran tantas que comenzamos a sacar una aquí y otra en Maracaibo. Para tomar resuello.

—¡Yo no me la calo! —decía una viejita—. Él no ha renunciado nada. Si fuera así, él lo habría dicho.

—Lo tienen secuestrado, eso es. Si ustedes saben dónde, dígannos y lo vamos a rescatar.

—¡Queremos ver a Chávez!... ¡Hasta que él no hable, aquí nadie cree nada!

—Me siento huérfano —me impresionó el dolor de aquel vecino de Petare—. Él era el presidente de los pobres. ¿Qué va a pasar ahora con nosotros, los sin nada?

Y llamaban desde las emisoras de la red, desde Guasdualito en Apure, desde El Tigre en Anzoátegui, desde de Guayana, que estaba nuevita, desde la emisora de la Guajira y la emisora de Machiques… Y Raudal Estéreo, la emisora donde ayer yo había estado dictando un taller a corresponsales populares, que se conectó vía teléfono.

Aquella madrugada, todo eran lamentos. Por perder a Chávez y, sobre todo, por perder la esperanza. La gran masa eran llamadas de gente de pueblo. Y de cuando en vez, una escuálida:

— Ustedes, como personas que creen en Dios, y más que todo cuando la Virgen ha estado dando mensajes y anunciando que iba a ver un baño de sangre por las calles de Venezuela, ustedes no deben fomentar el odio como lo están haciendo.

Y en medio de aquella desazón, porque hasta los que habían ganado hablaban con temor, el general Efraín Vázquez Velasco, que traicionó a su Comandante en Jefe, sale por televisión diciendo que de ninguna manera ellos han dado un golpe y que invita a la gente a celebrar la caída de Chávez.

—No se queden en sus casas... ¡Todo el mundo a la calle a festejar este triunfo democrático que es de todos!... ¡Queremos ver la alegría en la calle!

A las 7 ó a las 8, ya no recuerdo, llegamos a la radio Marisol, Richard y yo. Les llevábamos galletas y unos víveres.

—Epa, Javier, pero tú estás atornillado frente a ese micrófono. Ve por lo menos a cambiarle el agua al canario. ¿O prefieres una sonda?

—Como ves, María, aquí estamos dándole duro y parejo —me dice Carlos Figueroa, militante de la información.

—¿No han comido nada? —Marisol hace una mueca de sensatez—. Les va a dar un yeyo a los tres.

Javier fue al baño, se echó agua en la cara, mordió cuatro galletas. Y volvió al micrófono, como un amante vuelve a su amada.

—Esta es nuestra trinchera —dijo bostezando—. Y de esta trinchera no me mueve nadie.

Y seguían las llamadas, una sobre otra.

Me dice Carlos:

—Los de Maracaibo tienen en el teléfono a la diputada Liliana Hernández. Ella debe saber.

Esta diputada, antigua adeca, es del movimiento Primero Justicia, de la oposición. Conseguimos el contacto al tiro.

—¿Pero es rápido? —dice ella—. Porque estoy saliendo de una reunión y entrando en otra.

—Rapidito —le decimos—. ¿Cuál es la situación, diputada Hernández?

—La situación es que ya el Presidente Chávez renunció y está detenido.

—¿Y qué va a pasar con él?

—Lo que tiene que pasar. Va a ser juzgado por los crímenes que ha cometido el día de ayer.

—¿Y ustedes qué van a hacer ahora?

—Vamos a decidir que la actual Constitución no es válida. Hay también una propuesta de eliminar los poderes del Estado.

—Pero… —pregunto yo, con los ojos y oídos pelados— ¿quién va a juzgar al Presidente si ustedes van a eliminar el poder judicial?

—Nombraremos unos jueces especiales, sin rostro. Esos van a juzgar al Presidente y a todos los que lo siguieron y que son los culpables de todo esto.

—¿Y quien va a presidir el país?

—Está sonando Carmona Estanga. Nosotros lo vamos a apoyar.

—¿Ustedes consideran que están violando la Constitución?

—Bueno, la Constitución no nos sirve para resolver la crisis que ha creado Chávez. Tenemos que ir por otras vías.

—¿Y… —insisto yo sin salir de mi asombro ciudadano— … en qué va a quedar la Constitución?

—Amigo periodista, vamos a trabajar con la Constitución del 61. O con otros mecanismos para gobernar al país. Esto es muy complejo.

—Muchas gracias por su sinceridad —rematé yo.

¡Qué molleja! Tal vez por la euforia del triunfo, la diputada Hernández no se daba cuenta de que me estaba pasando la agenda completa de lo que pensaban hacer los golpistas.

—El escenario está sin luces —digo yo al aire—. Si no va haber tribunales, si no hay fiscalía, ¿quién garantizará los derechos ciudadanos? ¿A quién pedir un recurso de amparo? Se acusa al Presidente Chávez de haber violado la Constitución de Venezuela. ¿Y ahora se va a empezar a reconstruir el país violando la Constitución? Eso sería cachicamo diciéndole a morrocoy conchudo.

Dentro de la radio teníamos mucha polémica. Unos de un lado, otros del otro. En los almuerzos, especialmente, comenzaban los pleitos.

—Tú sólo entrevistas escuálidos —decía una de prensa.
—Y a ti se te cae la baba cuando ese bembón de Chávez empieza a hablar —respondía la otra.
—Lo que pasa es que ustedes…
—Cónchale, vale, pero ni comerse una bala fría puede uno sin hablar de política.

Nos caíamos a piña internamente. Pero teníamos la convicción de que cuando estábamos redactando una nota o con el micrófono en la mano había que ser lo más objetivos posible. Hubo muchas reuniones para unificar criterios.

—Para comenzar, no etiquetemos a la gente —decía José Rafael Roca, director de la radio de Caracas—. No hablemos de chavistas y escuálidos.
—¿Y cómo decimos, entonces?
—Bueno, podemos decir "los simpatizantes del gobierno", "los partidarios de la oposición"… El asunto es no meter más candela de la que ya hay.

El Director General de Fe y Alegría, que en aquel tiempo era el padre Jesús Orbegozo, nos dio instrucciones claras:

—Si las cosas se complican, cierren la radio y váyanse. Hagamos todo lo que podamos por resguardar la democracia. Pero, en última instancia, hay que cuidar la integridad física. Queremos que ustedes estén seguros, que no les pase nada.

El peo era que no teníamos reporteros para mandarlos a la calle a cubrir las mil vainas que estaban ocurriendo. Los voceros comunitarios nos llamaban y nos daban información, sí. Pero no era suficiente. Entonces, comenzamos a despachar locutores, maestros, hasta choferes. Tú, vete a La Carlota. Tú, a Fuerte Tiuna. Tú, a la Asamblea.

—Richard, corre a la Fiscalía —ya le estoy dando celular y tarjeta—. Dicen que Isaías Rodríguez va a renunciar.
—Yo nunca he hecho radio —me dice Richard.
—La ocasión hace al ladrón —le digo yo—. Y también al periodista.

Yo no había hecho radio nunca, pero me fui a la Fiscalía con Randolph. El Fiscal General de la República, Isaías Rodríguez, se iba a pronunciar. Llegamos al mediodía y ahí estaban todos los medios, la televisión, la radio, la prensa, toditos.

Mientras estamos esperando en el auditorio de la Fiscalía, veo a un periodista de Radio Caracas sentado allí, repantingado, con las patas montadas sobre la mesa donde iba a hablar el Fiscal.

—Chamo —le dice unos de los camarógrafos presentes—, siéntate bien.
—¿Quién huevón me va a dar órdenes a mí, eh?... ¿Quién me va a sacar de aquí?… ¡Aquí ganamos nosotros, no jodas! ! (Días después este periodista apareció escondido en un barrio, pidiendo clemencia, por favor, no me hagan daño. El huevón era él. Sé su nombre, pero no lo digo por solidaridad profesional. O por lástima).

Decían que Isaías Rodríguez iba a renunciar. En realidad, el rumor lo había corrido el mismo Fiscal como anzuelo para que los medios vinieran a la rueda de prensa. Él puso como condición que la transmisión tenía que ser en vivo. Sus asesores le habían aconsejado: "No responda preguntas. Aproveche los primeros segundos para decir lo más importante que tenga que decir".

En eso, entra el Fiscal. Cámaras, luces, declaración.

—El Presidente de la República Bolivariana de Venezuela Hugo Chávez Frías no ha renunciado. Está privado de su libertad. Está incomunicado. Aquí lo que hay es un golpe de estado.

¡Vergación!... En ese instante, pac, pac, pac, todos lo sacan del aire. Cortan la imagen y el audio. Y yo viendo cómo cierran las cámaras, apagan las luces, recogen los cables y se van todos. Y me quedo yo solito junto al Fiscal, con el celular de Fe y Alegría en ristre, el único medio que siguió transmitiendo la valiente voz de Isaías Rodríguez.

Transmitimos de pe a pa todas las palabras del Fiscal. Las grabamos. Las repetimos. Y las volvimos a repetir.

—Chávez no ha renunciado. Aquí lo que hay es un golpe de estado.

A media tarde, me llama una amiga de Derechos Humanos.

—-Mira, Javier —hablaba a media voz—, ¿estás interesado en hablar con el ministro Aristóbulo Istúriz?

—Claro, clarísimo —una exclusiva con el Ministro de Educación de Chávez en ese momento valía una morocota—. ¿Dónde está?

—En un lugar.

—Dime y voy para allá.

—La cosa es ganar tiempo. Por teléfono mejor. Está a mi lado. Te lo paso.

—Hola, ministro Istúriz. ¿Cómo está?

—Digamos que bien.

—Vea, yo quisiera hacerle una entrevista larga y grabada. No la saco en vivo ahora porque ya mismo viene la cadena de Carmona Estanga. Voy a pasarla completa después de la cadena. ¿Empezamos?

Y empieza Aristóbulo Istúriz a hablar sin pelos en la lengua. Y yo a grabar, consciente de la carga explosiva de sus palabras.

La radio de Maracaibo olía a gurrupera de burro con tanta gente y tantos carros que habían entrado y salido. Yo mismo estaba dando coleto en el piso, cuando de repente levanto la vista y viene entrando Gastón Parra Luzardo, presidente de PDVSA, economista y profesor universitario. PDVSA se había negado a discutir con los disidentes.

—Profesor —dejo el coleto—, bienvenido. ¿Qué hace aquí, qué desea?

—Gerardo —me dice con confianza, nos conocíamos de la universidad—, éste es el único medio que está transmitiendo y yo quiero hablar por aquí. ¿Se puede?

—Cómo no, venga.

Y montamos un programa de dos horas donde él conversó vía telefónica en vivo y directo con los ingenieros, técnicos y operadores de PDVSA que habían participado en el paro. Con los de "pá fuera, pá fuera, pá fuera", los botados por Chávez.

—Usted, señor Gastón Parra —le decía Ana Ruiz, lideresa de los expulsados—, ¿está consciente de sus comportamientos autoritarios y prepotentes?

—Sí, sí. Hay que reconocer errores. Y el mayor de todos, la falta de diálogo de nuestra parte y entre todas las partes.

Logramos lo que parecía imposible, sentar en una misma mesa radiofónica a chavistas y escuálidos sin que se mataran.

A las cinco de la tarde era el acto de juramentación de Pedro Carmona como Presidente del Gobierno de Transición Democrática y Unidad Nacional en el Salón Ayacucho del Palacio de Miraflores.

Yo había mandado a una periodista de la radio, a cubrir el acto. (Para cubrirla a ella, no digo ahora su nombre.) Pero, al poco rato, me la encuentro que regresa sofocada.

—¿Qué pasó? ¿Por qué te viniste?

—Cónchale, Javier, me pasó algo. Yo estoy en Miraflores, en medio de esos mantuanos. Y me acerco al general González González, el pelón confundido con el otro pelón. Le pido una entrevista y me dice que ahorita. Yo me quedo detrás y él no se da cuenta de mí. Y González González le dice al otro militar con quien está echándose los whiskys:

—El hombre no firmó. Le pusimos el papel y no firmó. Pero, ¿qué importa eso? Total, ya está fuera.

En eso, voltea el general y me ve a mí a las espaldas. Y yo me dije: más vale que digan aquí corrió que aquí colgó los tenis. Y me vine soplada para la radio.

Comienza Carmona. ¡Qué bárbaro, no había nadie que lo juramentara, se estaba juramentando ante sí mismo! Para aumentar la insolencia, hasta el cuadro de Simón Bolívar mandó a quitar de la pared. Y se pone a leer el famoso decreto donde disuelve la Asamblea Nacional, el Tribunal Supremo, la Fiscalía, la Defensoría del Pueblo, la Contraloría, el Consejo Nacional Electoral, los gobernadores electos, la Constitución, hasta el nombre de República Bolivariana de Venezuela se lo voló. Todo, de un plumazo.

Ahí estaban militares y banqueros, intelectuales y embajadores, dirigentes políticos y hombres de negocios, abrazándose y firmando el decreto que establecía la dictadura empresarial de Carmona. Y el primerito en firmar fue el Cardenal Ignacio Velasco, arzobispo de Caracas.

Termina la cadena y conectamos con Gerardo Lombardi en radio Fe y Alegría de Maracaibo.

—Hemos visto y escuchado al señor Pedro Carmona Estanga. Aunque se llame Gobierno de Transición Democrática, en los bajos y putrefactos fondos esto se conoce con otro nombre: golpe de estado. Así pues, al nuevo presidente, nuestra red de emisoras le dedica este porro de Pastor López y su combo:

Golpe con golpe yo pago
beso con beso devuelvo
esa es la ley del amor
que yo aprendí, que yo aprendí.

Yo vi a un viejito que pasó frente a un kiosco de revistas, donde venden café y toda cosa. Había un televisor prendido. Y este hombre muy humilde se quedó ahí, de pie, callado, oyendo la cadena de Carmona. Y cuando Carmona acaba, el viejito menea la cabeza y comenta con la voz cortada:

—Ese señor habló bastante. Pero nunca habló de nosotros. ¿Dónde estamos nosotros ahí?

Después de escuchar a Carmona, tomamos conciencia que estábamos en un grave peligro. Todo podía pasar porque todas las instituciones habían sido suspendidas. Las garantías constitucionales también.

Me reuní con el equipo de la radio, compañeras y compañeros.

—La cosa está color de hormiga —comienzo con tono sombrío—. Tengo noticias de nuevos allanamientos a radios y televisoras comunitarias. A nosotros nos van a caer, eso es seguro, porque ahora mismo estamos solos, íngrimos en el dial, diciendo otra cosa.

—Están hablando de muchos muertos —tercia Richard—, más que los de Puente Llaguno.

—Lo que hay son muchas camionetas raras por aquí cerca —echa más leña Marisol—. Un guachimán me avisó.

—¿Qué propones, entonces, Javier?

—Vamos a hacer lo siguiente. Ahora a las 6 de la tarde paso la entrevista que le hice a Aristóbulo. Es una primicia y lo que dice es fuerte.

—Más que primicia va a ser ultimicia —dice María, mamando gallo—. Después de eso, nos caen.

—Hagamos esto. Lanzamos lo de Aristóbulo. Terminada la entrevista, operación salida. Todo el mundo a su casa. Ahí esperan instrucciones.

—¿Miedo, Javier?

—No es miedo, vale, sino táctica.

—¿Con que táctica, verdad? No le tengo miedo al toro sino a la punta del cacho, como decía el otro.

—El miedo es hombre, eso también lo decía el Che.

—¡Ay, dejen el che y la cháchara para otro momento!... Ahora hay que decidir.

—Voy a llamar a Gerardo a ver qué piensan los maracuchos.

Hablo con Gerardo y en Maracaibo están pensando lo mismo que nosotros.

—Lo primero es cuidar la vida. Váyanse a sus casas y estén con un pie en el estribo por si hay que volver a la radio para seguir informando.

De acuerdo. Cerramos y le avisamos a la audiencia.

—Amigas y amigos de la red informativa de Fe y Alegría, escucharán a continuación una entrevista exclusiva con quien fuera Ministro de Educación en

el gobierno del Presidente Hugo Chávez, el profesor Aristóbulo Istúriz. Saquen ustedes sus propias conclusiones.

Y suelto aquella bomba.

El gobierno que se ha instalado es un gobierno de facto, contrario a la Constitución, un gobierno dictatorial. Según la Constitución, quien sustituye al Presidente es el Vicepresidente. Pero ellos han emprendido una persecución contra Diosdado Cabello y su familia. Y en defecto del Vicepresidente le corresponde al Presidente de la Asamblea Nacional, que es William Lara. Pero ellos están nombrando una Junta. Eso es inconstitucional.

El Presidente Chávez nunca renunció. Está detenido, incomunicado. Y nosotros también. Ningún medio del país nos da espacio. Nos trancaron Radio Nacional. Liquidaron el canal 8. El pueblo no debe guardar silencio frente a estos atropellos.

Ya todo el mundo sabe quién puso a los francotiradores. ¡Porque nueve muertos son de los nuestros!

Cuando Chávez hablaba de disolver la Asamblea Nacional decían que era autoritario. ¡Y este gobierno ha hecho en doce horas lo que Chávez no hizo en tres años en materia de violación a los Derechos Humanos!

Allanamientos, vejámenes, atropellos, crímenes… No puede venir, en nombre de defender la democracia, un gobierno tipo Pinochet, que es el que se está implantando en el día de hoy en Venezuela.[14]

Termina la entrevista de Aristóbulo y aviso que Radio Fe y Alegría cesa por hoy sus transmisiones informativas. Quedan ustedes con la mejor música venezolana. César pone el automático y todos nos miramos.

—¿Y ahora? —pregunta Marisol con carita de yo no fui.
—Ahora… —Carlos Figueroa señalaba la puerta—… ¡vámonos pál coño!

Salimos en la móvil de la radio que tiene pintado el corazón rojo y los tres muñequitos que nos identifican. Y bajamos por esa calle, por los lados de Mari Pérez, y nos paramos en una esquina a echarnos una cerveza.

—No viene mal una fría —dice Richard.

Y con las frías estamos, cuando la gente, desde las ventanas de los apartamentos, rompen a aplaudirnos. Y coreaban: ¡Fe y Alegría, Fe y Alegría!

[14] Fragmentos de la entrevista al Profesor Aristóbulo Istúriz, 12 abril 2002.

—¡Ustedes sí le echaron bola! —grita un carajo sin camisa, con los brazos en alto, desde la punta de un muro.

Nos saludaban por el camino. Creo que no fue hasta entonces que comprendimos que mucha, muchísima gente, había estado escuchándonos.

El del 11 de abril de 2002 se dio un golpe mediático. ¿Acaso las armas que decidieron los hechos no fueron los micrófonos y las cámaras? El único movimiento armado de militares fue el desplazamiento inútil de unos tanques desde Fuerte Tiuna hacia el palacio presidencial de Miraflores para protegerlo de los golpistas y unos cuantos militares que tomaron la televisora del Estado, lo que selló el tiroteo mediático.

La singularidad de la Venezuela de abril 2002 es que lo esencial giró alrededor de los medios. Fueron el campo de batalla y las armas de la batalla al mismo tiempo. Los militares dieron el golpe a través de los medios desde el 7 de febrero, cuando el coronel Pedro Soto se alzó por televisión y luego vino el sucesivo "goteo" mediático de oficiales golpistas, para ir preparando el ambiente. La marcha de la oposición el 11 de abril fue convocada, guiada y resaltada por los medios. Los asesinatos de ese día fueron integrados a la horma mediática condenando a Chávez de un modo sospechosamente automático, sin pruebas ni análisis, para que sirviera de cobertura a los pronunciamientos de los militares durante la noche del 11 de abril. Los golpistas no movilizaron tropas ni tanques ni aviones.[15]

Llego a mi casa, al final del Panteón con Fuerzas Armadas. Ya eran como las 8 de la noche. Prendo el televisor y me topo con una entrevista que le están haciendo a Teodoro Petkoff.[16]

—¿Qué piensa del decreto que acaba de dictar el nuevo presidente Carmona Estanga? —pregunta el periodista César Miguel Rondón.
—Eso no es un decreto —responde el conocido intelectual de izquierda, aunque muy crítico del gobierno de Chávez—. Eso es un disparate.
—Digamos que es un intento de ordenar este país —insiste el entrevistador—. ¿No cree usted que se debería ayudar a este gobierno para lograr gobernabilidad?
—Aquí no va a haber ninguna gobernabilidad. Las cosas no se están haciendo bien.[17]

En eso, me llama un periodista de otro medio.

---

[15] Roberto Hernández Montoya, 16/08/02, http://aporrea.org/dameletra.php?docid=222
[16] Director del diario vespertino Tal Cual.
[17] El día anterior, por Unión Radio, César Miguel Rondón había arengado a marchar a Miraflores "para sacar a ese cretino". Por la misma emisora, Teodoro Petkoff había dicho claramente que el paro tenía por objeto "tumbar al gobierno".

—Javier, ¿dónde estás metido?

—En mi casa.

—¡A la verga!... Estoy oyendo Fe y Alegría y están con solo música. ¿Por qué no siguieron transmitiendo como durante el día? Ustedes eran la única voz en el aire.

—Sí, chamo, pero…

—Ningún pero. ¿Por qué no regresan a la radio? La entrevista de Aristóbulo ha tenido tremenda pegada. ¡Vuelvan a la radio, vale!

—Es que… Ya yo despaché la gente a casa. Tenemos amenazas de allanamiento.

—¡Es que está pasando algo muy grande, Javier!... En el 23 de Enero ya se están reuniendo. En El Valle, lo mismo. En Guarenas, en la carretera vieja de La Guaira… ¿No oyes las cacerolas?... ¡Queremos a Chávez, queremos a Chávez!... La gente está bajando a Fuerte Tiuna a reclamar a Chávez. La gente está empingada. ¿Y ustedes ahí, echándose fresco en las bolas?

Tranco el teléfono y me llama una amiga que vive en Catia.

—¡Javier, esto es una vaina arrechísima!... No tienes idea del cacerolazo que están dando aquí. Todo el cerro se va pá abajo. La gente está en la calle reclamando, organizando. ¿Ustedes no están transmitiendo?

—No, chica, tomamos la decisión de…

—¡Ahora mismo está subiendo la Policía Metropolitana para que la gente vuelva a sus casas!... ¡Y le están volando piedras a los policías!... ¿En serio que ustedes no están transmitiendo?

—Como te digo, pensamos que era necesario evaluar antes…

—¡No jodas y agarra el micrófono!

—Eso quiero hacer, pero primero…

—Deseos no empreñan, Javier. ¡Abre la radio, por favor!

Fallé. Debí haber ido a la emisora en ese mismo momento. Y no fui. No lo escondo ahora en este relato. ¿Por qué no fui? ¿Cansancio, agotamiento, temores institucionales? La radio no es mía y necesitaba autorización de los jesuitas para echar a andar por esa cornisa tan peligrosa. Pero debí haberlo hecho. ¡Sóbate!

Lo nunca visto, pueblo y malandros unidos en una misma causa. Ellos iban delante, en motos, abriendo camino, disparando sus pistolas, y esa bola de gente atrás con cacerolas, con banderas, con palos y cabillas, con lo que encontraban por el camino. Eran chorreras y chorreras bajando de los cerros, saliendo de las casas, haciendo bulla, sonando los postes de luz, reclamando.

En algunos barrios, los policías metropolitanos, cuando vieron esas olas de gente que les venían para encima, echaron a correr. En una esquina veo un grupo de viejas tomando el fresco:

—*¿Y ustedes, abuelas, no van para el baile?*

—¿Estás loco, muchacho? Nosotras nos quedamos aquí toda la noche rezando el rosario hasta que Chávez regrese a Miraflores. ¡Le vamos a cansar las orejas a la Virgen hasta que nos devuelvan al Presidente!

La gente se fue arrejuntando frente a Fuerte Tiuna, porque pensaban que ahí estaba Chávez. No sabían que se lo habían llevado a las bases navales de Turiamo y La Orchila. Ni las lacrimógenas ni los disparos lograron dispersar aquella multitud. De nada sirvió el silencio de los medios. Radio Bemba entró en acción. Y de boca a boca, y de celular en celular, y por Internet, se pasaba la consigna:

—¡Chávez vuelve!

13 DE ABRIL 2002

Amanecí cuando estaba oscuro, sin pegar ojo, con la conciencia dándome vueltas. Carlos Figueroa, que estaba en casa conmigo, me ve preocupado y sabe por qué.

—¿Qué pasa, chamo?
—Lo de anoche…
—Córtala ya. ¿No has oído aquello de que el que peca y reza empata?
—¿Qué me quieres decir?
—Vamos a abrir la radio ahora mismo —dice Carlos, con firmeza guanaca—. Esa será tu mejor oración.

Me llaman de la radio. Que la gente está llegando y quieren saber qué hacer.

—Voy para allá —les digo—. Tengan listos los equipos para salir al aire al tiro.

Antes tenía que pasar por donde los jesuitas, que estaban reunidos redactando un llamado al respeto por la Constitución. Voy con el padre Orbegozo, director general de Fe y Alegría.

—¿Y la radio? —me pregunta impaciente—. ¿Qué van a hacer?
—La vamos a abrir a pesar del riesgo. Cuando el caracazo estuvimos a la altura, ¿recuerda? Hay experiencia. Y hay sensatez. Confíen en nosotros.
—Plena confianza. Pero con unos criterios.
—¿Cuáles?
—Que no saquen llamados a la violencia. Que la información sea precisa, bien confirmada.
—Eso hacemos y eso haremos —lo tranquilicé—. Pongo mi palabra. ¿Qué más?
—La bendición —le salió el cura—. Que la de Coromoto o la Chinita, no sé cuál sea más fuerte, me los acompañe.

Salgo echo un peo para la radio y me llaman por celular.

—¡Corran, que Baduel se alzó!

El General Raúl Baduel, comandante de la 42 Brigada de paracaidistas, la mejor entrenada, donde estuvo el mismo Chávez, había convocado una rueda de prensa en Maracay como a las 10 de la mañana.

—Quiero anunciar al país que nosotros no reconocemos al gobierno de Carmona Estanga. Nosotros somos respetuosos de la Constitución y lo que ha hecho ese señor es inconstitucional.

Baduel habló pero ningún medio lo sacó al aire. A nosotros, en Radio Fe y Alegría, nos pasaron la declaración por celular. La teníamos grabada.

—*¿La sacamos?*
—*La sacamos.*

De camino a la radio, Carlos y yo pasamos por COFAVIC donde Liliana Ortega[18] estaba dando una rueda de prensa sobre la situación de los Derechos Humanos en la nueva coyuntura.

Había un poco de reporteros de otros medios cubriendo. Se me acerca una periodista. Mejor no digo su nombre. Si lee estas páginas, se pondrá como un tomate al recordar lo que me dijo.

—¿Ustedes no se van a unir al compromiso?
—¿Cuál compromiso?
—De no sacar nada del chavismo para ayudar al nuevo gobierno. Es un compromiso de todos los medios.
—Nosotros no compramos vela para ese entierro. Nuestro único compromiso es con la verdad.
—¿Ustedes no son gente de iglesia? —la chama no creía oír lo que estaba oyendo—. ¿Cómo va a ser que ustedes no apoyen ese compromiso?
—Precisamente, por eso que dices. Por ser de iglesia, de la buena.
—Hay que contribuir, pana —insiste ella.
—Eso se llama autocensura —insisto yo— Qué lindo, ¿no?... ¡Los que tanto cacarean la libertad de expresión poniéndose mordaza!
—No es eso…
—Nosotros vamos a informar. Y lo primero que vamos a sacar al aire es lo de Baduel.
—¿Estás chiflado? —ya se puso fosforita—. ¡Si eso se sabe!
—¡Pues se va a saber también lo del famoso compromiso!
—A ti se te ve el bojote… —estaba muy molesta la colega—. ¿Dónde quedó, entonces, la solidaridad con los periodistas?
—La solidaridad es con el pueblo, hermana.

En Maracaibo, a media tarde, logramos hacer contacto con María Gabriela Chávez, hija de Hugo Chávez. Ya ella había dado declaraciones a Prensa Latina y a la CNN de que su papá no había renunciado ni firmado nada.

—*¿Cuál es ahora la situación de tu papá?*
—*Él ayer se comunicó conmigo y con mi hermana como a las 9 de la mañana. Nos pidió que dijéramos a los medios y al mundo que él no había renunciado ni firmado nada. Él me dijo textualmente: soy un presidente preso.*

---

[18] Presidenta del Comité de Familiares de Víctimas del 27 de Febrero, COFAVIC.

—Tú y tu hermana y tu mamá, ¿qué temen?

—Por su vida. Están pasando muchas cosas. Están matando al pueblo. Hay muchos rumores y no sabemos qué le pueden hacer esos bandidos. Hay unos generales que dicen que mi papá entró en una crisis. Uno no sabe si están diciendo eso para inventarse luego que se pegó un tiro en la cabeza. Y son ellos los que lo mataron.

—Tu hermana y tú, ¿se encuentran bien ahora?

—Sí, estamos en casa de unos amigos, a las afueras de Caracas. Estamos bien.

—¿Qué mensaje le envías al país en esta situación?

—Que esto ha sido un golpe de extrema derecha, aunque quieran disfrazarlo.

Llego a la radio y cada quien en sus puestos.

—¿Qué se mueve por acá? —pregunto a Marisol, la coordinadora.

—Un poco de llamadas y denuncias y más llamadas. Que están reprimiendo aquí, que están saqueando allá. Y sobre todo, que por qué no estamos transmitiendo. Los de Maracaibo ya están en el aire.

—Ya tenemos luz verde. ¡Vamos con todo!... ¿Listo, César?

Y empezamos nuevamente a soltar la información acumulada en el transcurso de la noche. Lo primero, naturalmente, el alzamiento de Baduel.

—Iniciamos nuestras transmisiones en el día de hoy, sábado 13 de abril. Atención, mucha atención. Un militar de alto rango, el General de Brigada Raúl Baduel, se ha rebelado en Maracay contra el gobierno de Carmona Estanga.

Como tirar un fósforo en un charco de gasolina. Comenzó a repiquetear el teléfono de la radio para que repitiéramos, para confirmar que era verdad.

—Desde anoche, amigas y amigos de Radio Fe y Alegría, intensas movilizaciones en Caracas. Miles y miles de personas marchan por la avenida Urdaneta, por la Baralt, por Libertador… Se dirigen hacia Fuerte Tiuna. Otra marea de gente va por la avenida Sucre hacia el Palacio de Miraflores, reclamando al Presidente Hugo Chávez. En otras ciudades del país también se registran protestas y movilizaciones.

Llamo a Maracaibo y sacamos al aire lo del Padre José Palmar.

Cuando yo veo a ese balurdo de Carmona diciendo la verga que dijo, agarro mi clerygman, ese cuello blanco que nos ponemos los curas, me lo pongo para que todo el mundo vea que yo era un cura, voy donde mi papá y le digo:

—Papá, yo no me puedo quedar aquí dando misa y meando agua bendita. Mi sitio es la calle. Yo me voy a la calle a mover a la gente.

—¿Y qué vas a hacer, mijo? —el viejo asustado.

—Déme la bendición porque yo salgo pero no sé si regreso. Es que esto ya no puede ser. Hasta aquí nos trajo el río.

—Pero Chávez también se lo buscó…

—Papá, ya esto no es de Chávez sí o Chávez no. Esto es la Constitución, los Derechos Humanos. Esto es el Evangelio.

Salgo y me voy a la esquina de Panorama. Yo estaba solo y comienzo a darle a la lengua. Al rato, vienen dos carajos con un megáfono y me lo dan para que se me oiga más duro.

—Cuando se canse de hablar, padre, nos enchufamos con Fe y Alegría que ahí están cantando las verdades.

Y comienzan a llegar carros pitando. Dos, cuatro, ocho… Y más gente que se junta. Cien, doscientas, quinientas, mil personas… Aquello se volvió manifestación. Juntamos más de cinco mil personas.

—¿Y desde cuándo los curas pueden promover pobladas, eh? —me desafía uno con cara de escuálido.

—Desde siempre —le respondo—. ¿No viste que Jesús multiplicó panes y peces?... ¡Pues aquí multiplicamos gente!

Y desde aquella esquina, arrancamos una marcha por todo Maracaibo pidiendo el regreso del Presidente Chávez. ¡Y el regreso de la Constitución!

El teléfono no paraba de sonar en la radio. Tantos timbrazos, que tuvimos que poner tres personas: una sólo para llamadas de denuncias, la otra para información de comunidades, y otra más para los reporteros y los periodistas. Los de la Red de Apoyo por la Justicia y la Paz nos echaron una mano en aquel loquerío.

—Aló, aló… Mire yo llamé a tal radio y allá mismo una persona me dijo: “Nosotros no te podemos atender porque hay órdenes de no pasar nada acá. Pero te recomiendo que llames a Fe y Alegría, que ellos sí están sacando la bulla al aire.”

Colegas de otros medios nos llamaban. Como a ellos no les permitían, nos pasaban la información.

—No digan que yo les dije porque… ¡me vuelan el pescuezo!

Nos llamó Radio Nederland. Nos llamaron de México, de España, de Argentina… nos pedían reportes directos y se los hacíamos al toque.

Se nos enlazaban radios del interior del país. Hasta la radio de las FARC[19] nos copió:

—¡Aquí Radio FARC!... Estamos conociendo lo que pasa en la República hermana de Venezuela a través de la red de radios Fe y Alegría, la única que está desenmascarando a los golpistas vendepatrias… ¡la única con información confiable!

Las llamadas y los reportes y las noticias se cruzaban como pepazos. Decíamos nosotros por el micrófono:

—¡Atención, Venezuela!... Tenemos información de que Hugo Chávez está detenido en la base naval de La Orchila. Y que se está negociando su salida del país.

Y rompían a sonar esos teléfonos, todos a la vez:

—¡No aceptamos que se lleven a Chávez a ninguna parte!
—¡Queremos escuchar a Chávez!
—¡Aquí es Chávez o Chávez!... ¡O él o nadie más!

Nuestro problema era que no teníamos mucha gente en la calle para reportear. Nuestros voceros comunitarios llamaban y daban información. Pero ni así alcanzaba. Entonces, comenzamos a pedir voluntarios. Y a localizar gente que sabíamos que estaba en la calle, protestando. La mamá de César se había escapado de la casa desde la noche anterior y la habían visto alborotando por Fuerte Tiuna.

—Livia, ¿cómo está la cosa por ahí?
—¡Esto es el fin del mundo, vale!... ¡Aquí está media Caracas pidiendo que vuelva Chávez!... ¡Mándales un saludo, Javier!
—¿A quién?
—A todo este gentío… Aquí todo el mundo está con Fe y Alegría… ¡Eh, chamos, suban el volumen de ese parlante que el locutor los va a saludar!

Y me cuenta Livia que la gente andaba con carteles que decían:

¡OIGAN LA 1390!

Y por los celulares se pasaban los mensajes de texto:

SINTONIZA FE Y ALEGRÍA

En un barrio de Cumaná, a las afueras, agarraron un gancho de ropa y con eso se pusieron a oír. Aunque la señal iba y venía, todo el barrio se apiñó y nos escuchaban.

---

[19] Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

Con decir que en Maturín hubo gente que se ingenió unas antenas con el aspa de unos ventiladores viejos y con un radiecito captaron nuestra frecuencia, y sacaron un cable no sé por dónde, y lo montaron arriba de una mata… ¡y todo el barrio a escuchar!

No exagero. Logramos una audiencia tremenda, media Venezuela guindada de Fe y Alegría. Es que en ese momento no había otra voz libre en el país.

Y mientras esto pasaba, mientras Venezuela se estremecía y la gente inundaba las calles de Caracas y de todas las ciudades del país, las televisoras pasaban muñequitos de Tom y Jerry. Repetían las declaraciones del día anterior de Carmona, que todo estaba tranquilo. Y más dibujos animados.

Globovisión tiene un canal de sólo noticias. Y pusieron un programa de cocina. En el otro canal, béisbol de las Grandes Ligas. En el otro, una película gringa. Las radios igual, no informaban nada de nada. Un blackout completo.

Cuentan de un periodista extranjero que preguntaba a un académico nacional si existía libertad de expresión en Venezuela.

—No, no la hay. La tienen secuestrada los medios de comunicación.

Alexander Hernández me llama urgente desde Maracaibo:

—Javier, tenemos cuadrada una entrevista con Marisabel de Chávez. Ella está en Barquisimeto. Dame paso.

—¿Cómo están sus hijos, Marisabel?

—Bueno, ahora mi hija está prendida a mis piernas. Mi hijo, bastante cansado. Es que hemos estado rodando y rodando en la misma ciudad. Yo tengo un día y medio dando vueltas en carro, escondida aquí en Barquisimeto, porque he tenido amenazas muy feas.

—¿Allanaron su casa de Caracas?

—En Caracas tomaron todas nuestras cosas y las embolsaron. A lo mejor parece egoísta pensar en este momento en eso. Pero yo pienso: si me lo están haciendo a mí con las cosas personales, los libros de mi hijo, las cosas de mi hija, mi ropa, la del presidente, ¿qué estarán haciendo con el país? Es un saqueo institucionalizado. Y con el aval, lamentablemente, de los medios de comunicación nacional, de las televisoras que se están prestando para tapar este golpe de estado.

—Después que el Presidente Chávez fue detenido, ¿usted se ha podido comunicar con él?

—Yo conversé con él hasta ayer a media mañana. Él estaba incomunicado, pero parece que le prestaron un teléfono. Esa renuncia suya nunca se efectuó. Mi esposo me lo dijo tajantemente, que Monseñor Luis

Azuaje y Monseñor Baltazar Porras[20], que estaban ahí, en Fuerte Tiuna, fueron testigos de primera mano de que él no había firmado. Y lo digo con mucho dolor, porque nunca pensé que unas autoridades eclesiásticas tan altas se prestaran para encubrir una mentira tan grande como ésta.

—¿Su esposo no firmó?

—Mi esposo me dijo: "Aun después de muerto quiero que logres que los organismos internacionales hagan una prueba de grafología a esa firma, si es que existe, porque yo nunca firmé nada". Me dijo: "Mari, tienes que actuar porque el pueblo no se va a dejar arrebatar la soberanía. Haz saber por todos los medios que yo no renuncié."

—¿Y usted, cómo se siente ahora?

—Indignada, al ver que este supuesto gobierno se quería levantar sobre la mentira de la renuncia de mi esposo. Ahí empezó todo. Porque estoy segura que el Alto Mando militar fue vilmente engañado. ¿Por qué? Porque como estaban estos dos sacerdotes allí, a lo mejor pensaron que ellos eran incapaces de mentir.

—¿Algo más que añadir?

—Esta emisora me da la oportunidad de decir lo que siento en mi corazón. Siento lo que significa el nombre de ustedes. Fe porque sé que Dios existe y nos lo ha demostrado. Alegría porque aunque pase lo que pase y termine esto como termine, he actuado en conciencia. Dios y la historia juzgarán lo que pasó aquí en Venezuela.

No olvido a una morena de Petare que llegó a la radio para enterarse y para contar.

—Bajamos de los cerros, sí —la caraja tenía fuego en los ojos, como María Lionza—. Pero no a quitarles sus propiedades privadas, que ésa era la cagazón de los escuálidos. Vinimos a recuperar lo que ellos nos habían robado a nosotros, la Constitución y el respeto. No nos colamos en sus casas, sino en la nuestra, la de todos los venezolanos, que es Miraflores.

A media tarde sería la juramentación del nuevo gabinete en el Palacio de Miraflores. El flamante y autoproclamado Pedro Carmona Estanga estaba en el despacho presidencial terminando de hacer unos urgentes correctivos al decreto dictatorial del día anterior.

Mientras, el Salón Ayacucho en pleno derroche. Mesas de gala, champán, uniformados y encorbatados brindando, comiendo pasapalos, celebrando la victoria, abrazándose entre risas y carcajadas.

Se les olvidó la astucia del coronel Jesús Morao Cardona, que comandaba la Guardia de Honor del Palacio. Este militar, leal a Chávez, se hizo pasar por traidor y planificó con su tropa la reconquista del palacio de gobierno. Llamó a

[20] Secretario General y Presidente de la Conferencia Episcopal Venezolana, respectivamente.

la brigada de paracaidistas de Baduel y se puso de acuerdo para armar el zaperoco en el mismo momento de la juramentación.

Nosotros teníamos a dos voluntarios, Marilú Guillén y Rodolfo Rico, reportándonos desde el mismo Miraflores. Así, la audiencia podía enterarse minuto a minuto de lo que estaba ocurriendo.

—¡Atención, nos informan que algo raro está pasando en el Salón Ayacucho!… ¿Qué pasa, Marilú?

—Esto es increíble… Cuando los nuevos ministros iban a juramentarse, alguien entró en el salón gritando: ¡salgan, corran!... Salieron en estampida, empujándose… Unos escaparon por las puertas de emergencia… Otros todavía están corriendo por los pasillos… Las carteras por el suelo, los zapatos abandonados… Aquí se acabó todo el protocolo.

—Pero, ¿qué ha pasado? —yo me imaginaba la película y me moría de envidia de no estar allí para verla—. Explícanos, Rodolfo.

—El Palacio de Miraflores ha sido retomado por la Guardia de Honor del Presidente Chávez.

—¿Y el acto de juramentación?

—El acto se fue al… ¿Quieres una copa de champán? Aquí están las botellas en fila y sin abrir. Las bandejas de pasapalos…

—¿Y Carmona dónde está?

—Parece que un sapo le avisó con tiempo y lo sacaron a vapor por una puerta lateral. Por el frente del Palacio es imposible. Hay una poblada abarrotando los jardines y pidiendo el regreso de Chávez. Y aquí adentro, donde estamos, no sé si los escuchas, pero la Guardia hace coro también.

—¿Está totalmente controlado el Palacio? —quiero confirmar el dato.

—Sí, toda la gente de Carmona ya se ha ido.

Fuimos la primera emisora que informó la huida de Carmona, conocido por algunos como Pedro, el Breve.

Y comienzan a llegar a Miraflores, como una marea que se replegó y que vuelve, los ministros de Chávez. A los pocos minutos, llega Diosdado Cabello, el Vicepresidente, todo despeluqueado. Y juramenta como Presidente Interino de Venezuela ante William Lara, el Presidente de la Asamblea Nacional.

—Una última pregunta, Marilú —todo el equipo de la radio estaba a mi alrededor, oyendo aquel desenlace—. ¿A dónde se habrán llevado a Carmona?

—Dicen que se lo llevaron a Fuerte Tiuna.

—¿Y qué va a pasar con él ahora?

—Bueno, nadie sabe, pero… ¡ése está guindando sin ser piñata!

Los Estados Unidos se encargaron de presionar a otras naciones en la región para que reconocieran al gobierno de Carmona como legítimo. Respaldado por Colombia y El Salvador, Estados Unidos trató de convencer a otras naciones reunidas en la Cumbre de Río de Janeiro para que emitieran una declaración

que reconociera a Carmona como el nuevo presidente de Venezuela. Las demás naciones no sólo se negaron a aceptar las presiones estadounidenses, sino que decidieron emitir una declaración que condenaba el derrocamiento ilegal del presidente Chávez, "presidente legítimo y constitucional de Venezuela", y que rechazaba al gobierno de Carmona por "alterar el orden constitucional". La Organización de Estados Americanos hizo lo mismo.[21]

El buen periodismo, contrario a la propaganda, se hace tocando todas las campanas del campanario. Entonces, en esa búsqueda de todas las voces, también entrevistamos al copeyano y hombre del Opus Dei, José Rodríguez Iturbe, nombrado el día anterior como Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Carmona.

—¿Cómo está la situación, señor Ministro?

—Normal. Yo estoy despachando aquí desde el Ministerio. Fíjese que todo está tan tranquilo que yo estoy preparando la visita de César Gaviria. Mañana domingo me reuniré con él para que la OEA sepa que aquí ha habido la renuncia de un presidente, que la Constitución está siendo respetada…

—Ministro, pero hay un gentío en la calle pidiendo el regreso de Chávez…

—No, no. Son pequeños grupos, hechos aislados que ya están siendo controlados.

—Y, por cierto, ¿dónde está el señor Carmona?

—Bueno, el señor Presidente Pedro Carmona Estanga está ahora en Fuerte Tiuna…

—¿No debería estar en el Palacio de Miraflores?

—No, porque está terminando de juramentar a algunos cuadros militares. …

¡Qué guarapo! Me dio tanta rabia su mentira que llamé de inmediato a Rodolfo Rico y Marilú Guillén, en el Palacio de Miraflores, a ver si podían conseguirme una entrevista con el otro Canciller, el de Chávez, Luis Alfonso Dávila.

—¿Cómo está el ambiente en estos momento en Miraflores? —les pregunto porque de fondo escuchaba un bonche.

—Aquí lo que se habla es que Chávez vuelve. La gente tiene rodeado el palacio. Cada vez viene más gente, vale. Salen en chores de las casas, en sandalias, como sea… Y todo el mundo viene para acá. ¿Sabes qué dicen?... Que si la oposición puso 500 mil personas en la calle el jueves, aquí tienen el doble. ¡Un millón por el buche!

—Miren, Marilú y Rodolfo, ¿nos podrían conseguir al Canciller Luis Alfonso Dávila?

En un par de minutos, a través de un contacto que hicieron los de Maracaibo, lo tienen al celular. Y le preguntamos por su homólogo que está ocupando la silla en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

---

[21] Eva Golinger, El Código Chávez, La Habana, 2005.

—Ese Rodríguez Iturbe no es ministro de nada —nos dice, molesto—. El gobierno de Carmona ya está ponchado. El único Canciller soy yo. Y como Canciller, ya denuncié el golpe de estado en Costa Rica, en la cumbre de Rio. Ya se pronunciaron en contra del golpe los países hermanos de Chile, Brasil, México, Argentina…

—¿Y el Secretario General de la OEA, César Gaviria?

—Gaviria viene, sí… ¡pero no precisamente a despachar con Rodríguez Iturbe!

—Gracias, señor Ministro. Y una última pregunta, Marilú y Rodolfo. ¿Por qué se nos está acoplando tanto la señal desde Miraflores?

—Ah, lo que pasa es que aquí dentro del palacio hay gente con radiecitos sintonizando a Fe y Alegría. Por eso es.

Retomaron Miraflores y retomaron también los estudios de Venezolana de Televisión, el canal 8, que había sido allanado y pateado y sacado del aire por policías golpistas del Estado Miranda.

Fueron algunos comunitarios a componer la señal, pero no daban pie con bola. Luego otros, y tampoco. A Fe y Alegría también nos pidieron ayuda, pero una cosa es radio y otra televisión.

La necesidad obliga. Y las ganas, todavía más. Le echaron pichón unos técnicos ahí y lograron salir al aire esa misma tarde del sábado.

Cuando ya aparece el canal 8, en la radio sentimos la carga compartida. Ya no estábamos solos en el dial.

Suena el teléfono y nos llama el Ministro de Educación Superior del gobierno de Chávez, Héctor Navarro.

—Quiero hablar con el director de prensa de Fe y Alegría.

—¿En qué podemos servir, ministro?

—Quiero saber si fuese posible —hablaba con mucha humildad— que yo, como ministro del gobierno, pueda dirigirme al país a través de su emisora.

—Por supuesto, señor ministro. Los micrófonos son suyos. Pero, dígame, ¿usted nos ha contactado por alguna razón específica?

—Porque a mí me llamó un colega de Ecuador. Y me dijo que él se había enterado de la verdad de las cosas a través de Radio La Luna, en Quito, que a su vez estaba copiando la señal de ustedes. Es decir, que a ustedes les están escuchando mucho, adentro y afuera.

—Pues vamos con su entrevista, señor Navarro. Y si me hace un puentecito con los demás ministros, estupendo.

Navarro nos pasó los teléfonos del Ministro de Economía, del Ministro de Planificación y Desarrollo… Y mientras los estamos entrevistando, tenemos que interrumpir para el notición:

—¡Atención, mucha atención!... Nos informan que en estos mismos momentos está partiendo un grupo de helicópteros de la Brigada 42 del Comandante Raúl Baduel. Van hacia La Orchila. Van a buscar al Presidente Hugo Chávez.

Pedro Carmona estaba en Fuerte Tiuna. De pronto, un periodista de la 750, Radio Caracas Radio, logra entrar a la reunión de los militares golpistas. Y transmite su derrota:

—Para facilitar la tranquilidad del país… renuncio al cargo de Presidente de la República.

Dictador por un día. Todo un récord.

Era casi la medianoche cuando nos confirmaron el regreso de Chávez.

—¡Atención, amigas y amigos de Fe y Alegría!... Nos acaban de informar que en pocas horas el Presidente Hugo Chávez Frías llegará a Caracas. Unos dicen que lo llevarán a Maracay. Otros, que directamente a Miraflores. Esto no se sabe aún. Pero… ¡de que vuelve, vuelve!

Quien no estuvo, no lo cree. La algarabía, los abrazos, las lágrimas, las cacerolas… En Venezuela, vale, somos exagerados para todo. Pero una exageración de alegría como aquella yo no la había visto nunca.

En eso, sale el General en Jefe Jorge Luis García Carneiro, se encarama en un tanque que habían puesto los golpistas para bloquear la entrada de Fuerte Tiuna, agarra un megáfono y se dirige a la multitud:

—Nosotros estamos con la Constitución y con el Presidente Chávez. Así que, vayan todos a Miraflores, que pá allá es que va el hombre… ¡Ah, y no olviden de darle gracias a Fe y Alegría!

14 DE ABRIL 2002

Enviamos a tres —Héctor Mendible, Ricardo Ruiz y Reinaldo Linares— a cubrir el regreso de Chávez. Pero había tal bojotera de gente en Miraflores que Héctor y Ricardo lograron colarse dentro con el carnet de la emisora. Pero a Reynaldo lo dejaron fuera, detrás de la cerca del Palacio.

Héctor y Ricardo se ubican estratégicamente en el pasillo por donde va a entrar Chávez. Tanta gente apretujándose, que unos se montan encima de otros para poder ver, para pasar.

—¡Atención, Javier, atención, estudios! —me contactan Héctor y Ricardo—, estamos viendo un helicóptero que se acerca. Nos aseguran que en ese helicóptero viene Chávez. Ustedes, oyentes de Radio Fe y Alegría, pueden escuchar la bulla, los gritos, los aplausos…

Héctor le dice a Ricardo:

—Coño, saca el grabador, que está llegando Chávez.
—No lo tengo yo. Se lo quedó Reynaldo.
—¡La verga!... ¿Y ahora?... Espérate aquí.

Héctor sale corriendo a buscar a Reynaldo, que está fuera en la camioneta. Reynaldo le tira el grabador a Héctor. Héctor arranca pá dentro y se lo pasa a Ricardo. Doble play. Pero Ricardo no alcanza la base por el gentío. Y le pasa el grabador a Desiré Santos Amaral, la misma diputada que lloraba cuando la entrevistamos en el preciso momento en que se llevaban preso a Chávez.

Aparece Chávez, ya lo traen. Y Desiré Santos, Vicepresidenta de la Asamblea Nacional y periodista, se le acerca y empieza a grabarle.

—Esta entrevista es para Fe y Alegría, comandante.
—¡Pues saludos a Fe y Alegría! —dice Chávez, con rostro tan alegre como cansado—. Ya Marisabel me dijo que la habían llamado y entrevistado. Gracias. Y digo por este medio que todo el pueblo esté tranquilo.

Desiré le devuelve el grabador a Ricardo. Ricardo se lo pasa a Héctor. Héctor lo pega al celular. Y yo, desde cabina, saco al aire las primeras palabras de Chávez regresando de su secuestro. Para nosotros, claro, esto fue un batazo de jonrón.

Y fue, entonces, que Hugo Chávez, Presidente de la República Bolivariana de Venezuela, habló al país desde el balcón del Palacio de Miraflores. Eran las 4 y media de la madrugada del 14 de abril.

A Dios lo que es de Dios, al César lo que es del César. ¡Y al pueblo lo que es del pueblo!

No sé cuántos sentimientos cruzan por mi pecho, por mi alma, por mi mente… En este momento soy como un mar multicolor… Les confieso que todavía estoy estupefacto. Todavía estoy asimilando este proceso que da para escribir no sé cuántos libros de la historia venezolana y como ejemplo del mundo. Ha sido un proceso de contra-contrarrevolución.

Va un saludo de mi corazón a Venezuela y al mundo desde este Palacio que es del pueblo y que el pueblo lo defendió. El pueblo llegó a este Palacio para no irse más. Debo decir que lo que ha ocurrido en Venezuela en estas últimas horas es, en verdad, inédito en el mundo. El pueblo venezolano y sus verdaderos soldados, esos soldados del pueblo, han escrito —y esto no es grandilocuencia, es una verdad— una página —¡y qué gran página!— para la historia venezolana, de América Latina y del mundo.

Hoy, domingo 14 de abril, lo más importante que tengo que decir a todos los venezolanos y venezolanas es: Vuelvan a sus casas, que vuelva la calma.

Llegó un estremecimiento que trajo dolor, que trajo sangre, que trajo lágrimas. Las causas de esto que ha ocurrido ya las analizaremos después. Para corregir donde haya que corregir. Para corregirnos donde haya que corregirnos. Pero mientras tanto, calma y cordura. Vamos a casa. Vamos a reordenar la casa. Vamos a reflexionar. Vamos a poner a Dios por delante. Esta imagen del Cristo crucificado me la regaló, cuando iba saliendo prisionero, en la madrugada de hace dos días, hace 47 horas exactamente, un buen amigo, el general Jacinto Pérez Arcay. Él me dijo: llévate a Cristo. Me lo llevé, y aquí está de nuevo.

Yo quiero darle un saludo, en primer lugar, a los medios de comunicación internacionales. (APLAUSOS) Y a los medios de comunicación de nuestro país, les digo de verdad-verdad, que llegó la hora de hacer profundas rectificaciones. Es obligatorio que se hagan esas rectificaciones. Que se vuelva a los carriles de la razón, porque parece que han perdido hasta la razón.[22]

Cuando Chávez acabó de hablar desde el balcón de Miraflores, ya casi estaba amaneciendo sobre Caracas.

En la radio, después de transmitir el discurso, comenzamos a recoger los peroles para irnos a casa a dormir. Suena el teléfono.

—¿Aló?
—Yo quiero hablar con el director de esa radio.
—Sí, dígame.

[22] Palabras de Hugo Chávez en la madrugada del 14 abril 2002.

—Claro que le digo. Y le digo que usted y su gente son los culpables, los responsables de que ese señor haya regresado otra vez. ¡Ustedes pasarán a la historia como los mayores cómplices de esta canallada!

—Pero, señor…

—Ya se acordarán de nosotros. Lamentarán haber hecho lo que han hecho para que ese criminal regrese.

—Disculpe, amigo, pero…

—¿Quién les mandó a estar hablando y diciendo? El país ya estaba tranquilo, ya habíamos salido de esta pesadilla.

—Le voy a explicar…

—Cuenten siempre con nuestro odio y nuestro desprecio.

—Pero, señor, nosotros no tenemos ese poder que usted supone —alcancé a decirle mientras el agresor tomaba resuello—. Nosotros somos una radio que…

—¡Ustedes no son una radio, ustedes son una mierda!

¡Sácamelo! Pero, como dicen, el insulto duele o enorgullece según de quien venga.

Ese 14, hubo gente que fue a protestar frente a los canales privados de televisión y las grandes emisoras que, igual que el 13, seguían calladas, pasando pendejadas, con el ratón del fracaso.

—¡Informen, informen, informen! —gritaban los grupos bolivarianos frente a Televén, a Globovisión, a Venevisión...

Los reporteros del canal, desde las ventanas y las puertas a medio abrir, filmaban la gritería.

—¡Hordas chavistas nos atacan! —decían en los avances—. ¡Una vez más, se viola la libertad de expresión!

La gente se arrechaba más con lo que oía y veía.

—¿Cuál libertad de expresión? —gritaban desde la calle—. ¡Libertad de conspiración, ésa es la que ustedes quieren!

Muchos levantaban en sus puños, apretado, el librito pequeño y azul de la Constitución Bolivariana.

—¡Exijo mi derecho constitucional a réplica! —una morena bien empoderada se acercó a la reja de entrada—. ¡Déjenme pasar!

—¡Retírate, bicha, tú no tienes permiso! —la empujaba el guachimán.

—¡Bicha yo y cabeza é güevo tú! —lo encaraba la morena—. ¿Ustedes no informan ni nos dejan informar a nosotros? ¿Ni lavan ni prestan la batea?

Los periodistas pantalleros que hace 24 horas presumían de haber estado en Miraflores cubriendo la broma de Carmona, ahora no se les encontraba en ningún rincón.

—¿Por qué no transmitieron, por qué no dijeron lo que estaba pasando?
—Porque las calles eran muy inseguras.
—¿Ah, sí, verdad?... Pero cuando la plomazón de El Silencio ahí no les importó la inseguridad, ¿verdad?
—Eso era distinto —decía un escuálido con los ojos bajos—. Ahí iban a pasar cosas…
—Ah, ya… ¿Y cómo sabían ustedes que la Guaira es lejos?

Yo creo que la oposición sobreestimó la fuerza de la televisión y subestimó la de la radio. Y todavía más, la de una radio educativa, como la nuestra. O como Radio Perola y otras comunitarias. Ojalá aprendan.

De camino a casa, digo yo:

—Compremos los periódicos, a ver qué dicen de todo este terremoto político que hemos vivido.

Nos acercamos al kiosco y el único periódico es Ultimas Noticias. ¿Y qué pasó con El Nacional, El Universal y los otros diarios? Ni sombra de ellos, no salió ninguno. ¿Y sabes por qué? Porque tenían ya preparada la nota con la juramentación del gabinete de Carmona. Las portadas ya estaban impresas. Tenían redactados unos reportajes terribles contra el gobierno de Chávez. Tenían la edición lista. ¡Tanto nadar para ahogarse en la orilla!

27 DE JUNIO 2002

En los siguientes días, la radio continuó con los micrófonos abiertos. Incluso, estrenamos un programa mañanero, La Ventana, para que la gente se asomara al paisaje político del país y, sobre todo, para que opinara sobre lo que veía. Porque esta historia tiene cola. Después del golpe de abril, fue el paro de diciembre. Y después, las guarimbas del 2003. Y más después, el referendo del 2004. Y lo que faltará.

Pero a mitad de aquel año, en junio 2002, una mañana caliente, de ésas que la ciudad de Caracas parece una olla y sus habitantes las caraotas hirviendo, llega Carlos Figueroa a mi escritorio, virolo por la sorpresa:

—¡Javier, ganamos el Premio Nacional de Periodismo!
—Imposible —digo yo.
—Que sí, que nos acaban de llamar para eso.
—No puede ser, porque nosotros no mandamos ningún trabajo.

Este Premio lo otorga una fundación adscrita al Ministerio de Educación, Cultura y Deportes. Abren un concurso, los periodistas presentan sus trabajos, y un jurado decide los mejores. Ese año, con tantas vainas, nosotros no habíamos enviado nada.

—Los llamé para confirmar —insiste Carlos— y me dicen que el jurado calificador considera que la radio que merece el premio es la nuestra. Voto unánime.

Todavía sin creerlo, llamo a donde llamaron.

—La radio que estuvo en medio del peo fue Fe y Alegría —me dicen —. ¿Qué habría pasado sin la información que ustedes brindaron? Nunca lo sabremos.
—Pues nosotros muy honrados por ese galardón…
—Entonces, señor Javier Barrios, le doy las instrucciones para que venga esta tarde a recibirlo. Sólo una persona.
—Pero nosotros somos un equipo…
—Claro, pero usted los representa.
—Democracia participativa, colega —se me ocurrió el argumento—. Debe asistir Randolph, Carlos, Marisol, César, Alexander, Rogelio, Ninoska, Mónica, Gerardo…
—Un momento, un momento. Sólo periodistas. Hoy es 27 de junio, día del periodista.
—Pues aquel día todos fuimos periodistas. Cuando el golpe, reportaron los técnicos y hasta los choferes. O vamos en combo o no vamos. Porque esto no fue mérito mío, sino de todo el grupo.
—Bueno… ¿Cuántos cupos necesitan ustedes?
—Dieciséis.

—¿Cómo 16? ¿Estás rascado?

—Es que en el equipo están los de Maracaibo y los de Caracas.

—Pero…

—Entonces, mejor no vamos.

—¿Ustedes sí joden, no?... ¡Ya entiendo por qué jodieron tanto cuando lo de abril!

Llamo a mi gente, les cuento la noticia. La entrega de premios será nada menos que en Miraflores y con el Presidente de la República.

—Yo no me he puesto un flux desde que me casé —dice César, preocupado por el vestuario.

—Pues a buscar sacos y corbatas para los varones! ¡Y las chamas con toda la quincallería encima!... ¡La cosa es en el Salón Ayacucho!

—Falta una pieza en este rompecabezas —me decía yo—. No entiendo de dónde sale este odio tan visceral de la oposición contra Chávez. ¿Por corrupto, por permitir corruptos a su alrededor?

—No creo, vale —me dijo un amigo larense—. ¡Si Venezuela fue el paraíso de los fugadores de capital, el país donde Carlos Andrés Pérez ganó el Guinness de pillerías!

—¿Por bocón, entonces?

—Bueno, aquí hay demasiados bocones, comenzando por los periodistas. Insultan al Presidente, le llaman coño é madre por televisión, y no pasa nada.

—¿Tal vez por ser pardo y tener los ojos chinos?

—Venezuela es racista. Pero aquí, como en todas partes, el que no tiene de congo tiene de carabalí.

—No entiendo, entonces —me rendí—. ¿De dónde nace ese odio de bola?

—¿Quieres saber la verdad verdadera? —mi amigo bajó el tono de voz sin necesidad aparente—. El golpe de abril y todo lo que está pasando en Venezuela tuvo y tiene tufo a petróleo. ¿Sabes cuánta reserva tiene este país? 300 mil millones de barriles. Y otro tanto de crudos pesados en la faja del Orinoco. ¿Gas natural? Ni te cuento. Para encender todas las cocinas de todos los hogares de América Latina. Venezuela tiene la reserva de petróleo más grande del planeta. Más que Arabia Saudita, más que los países árabes.

¡Ojo pelao! ¿Así que el misterio de ese antichavismo delirante de Estados Unidos, de Gustavo Cisneros, de las grandes familias venezolanas, es por el petróleo que se quieren robar y no pueden? La oposición siempre habló de privatizar PDVSA y separarse de la OPEP.

—La piedra en el zapato fue Chávez —me explicaba mi amigo ilustrado—. ¿A cuánto estaba el barril de petróleo cuando Chávez tomó el poder en el 98? A siete dólares y medio, agárrate. Los anteriores gerentes de PDVSA estaban haciendo un dumping, una bajada artificial de precios, para quebrar a los aliados del cartel y forzar así la privatización de nuestra industria

petrolera. Chávez hizo todo lo contrario. Fortaleció a la OPEP, presionó para que los precios del barril se multiplicaran por dos, por cuatro. Ahora, casi por diez. Y seguirán subiendo, ya verás.

El gobierno de Bush —que más que gobierno parece un oleoducto, como dice Galeano— quería lanzar la guerra contra Irak para apoderarse de aquellas reservas de petróleo. Amenazaba, pero no se decidía. ¿Por qué? Porque los vendepatrias de Venezuela le habían ofrecido en bandejita de plata la industria petrolera. Ésta le quedaba mucho más cerca, en su patio trasero. PDVSA iba a ser gringa en abril del 2002.

Pero fracasó el golpe. Fracasó también el sabotaje a fines de año. Cuando Bush perdió la esperanza de apoderarse del petróleo venezolano, fue a buscar el de Irak e invadió aquel país en marzo del 2003. Luis Britto dijo una verdad como un sablazo:

—Las víctimas venezolanas del golpe de abril son las primeras bajas de la guerra de Irak.[23]

Entramos al Salón Ayacucho. Teníamos una fila entera para nosotros, desde Héctor, el chofer de la radio, hasta José Rafael Roca, el director.

Llega el Ministro de Educación, Aristóbulo Istúriz. Llega el Presidente Chávez para entregar los galardones. Y comienza el jurado calificador a leer los veredictos.

—Premio para Ernesto Villegas, de El Universal, por el mejor trabajo informativo en medio impreso. Premio para Walter Martínez, del programa Dossier, por el mejor trabajo informativo de televisión. Premio para el equipo periodístico de Radio Fe y Alegría por el mejor trabajo informativo en medio radiofónico…

Fue decir eso y el auditorio entero que se levanta a aplaudirnos. Dale que dale y aquella ovación que no acababa. La mesa nos invita a subir para recibir la placa y el diploma. Sube primero Roca y atrás subo yo. Yo le llevaba a Chávez un CD con una recopilación de las mejores entrevistas de cuando el golpe de abril.

—Presidente… —le doy la mano a Chávez.
—¿Dónde viven ustedes? —me pregunta.
—En la Urbina estamos ahora.
—Ah, yo pensé que seguían en El Valle —comenta Chávez con esa su prodigiosa memoria—. Bueno, yo quiero agradecerles personalmente por todo lo que ustedes hicieron. Fue un gran servicio al país y a la democracia. No encuentro una palabra para calificar el acto valiente, de grandeza

[23] Luis Britto, Venezuela: investigación de unos medios por encima de toda sospecha Cuestión, Caracas 2003.

comunicacional, que realizaron. Ustedes son un ejemplo para los periodistas del país.

Apretón de manos. Cuando di la vuelta para regresar a mi asiento, el auditorio seguía aplaudiendo. Yo me sentía como en una película, en cámara lenta. Y recordé las hélices del avión Santa Bárbara cuando viajaba de Puerto Ayacucho a Caracas aquel jodido 11 de abril.

EPÍLOGO

Al año siguiente, en agosto del 2003, Carlos Figueroa llegó otra vez corriendo hasta el escritorio de Javier.

—¡La vida te da sorpresas, como dice la salsa!
—Y ahora, ¿qué pasó?
—Que Enrique Mendoza nos acaba de otorgar el Premio Regional de Periodismo.
—No jodas.
—En serio, chamo —Carlos manoteaba con el aviso recién recibido.

Enrique Mendoza, gobernador del Estado Miranda, uno de los principales voceros de la oposición, nos premiaba por nuestra labor periodística.

—¿Ahora Mendoza y hace unos meses Rosales?

Manuel Rosales, gobernador del Estado Zulia, rabiosamente antichavista, también nos había concedido otro Premio Regional de Periodismo.

—Quien no los conozca, que los compre… —Javier se sobaba la cabeza ya medio pelona, mientras iba llegando todo el equipo de la radio sin poder creer lo que oían.
—¿En que hemos fallado? —se desesperaba un radical—. ¿Dónde la cagamos?
—¿Por qué dices eso? —una reportera joven no entendía la bronca.
—Cuando te felicita Dios y te felicita el Diablo…
—Bájese del chinchorro, compañero —saltó otro de prensa—. Aquí no hay dioses…
— ¡Pero sí diablos!... ¿O ya se te borró la cara de Mendoza encaramado en aquel camión vociferando y empujando a la gente al matadero de Puente Llaguno?[24]
—Lo denunciamos entonces —entró Javier al bate— y denunciaremos a cualquiera que pretenda atentar contra nuestra Constitución. Nosotros no hemos sido jalabolas de nadie. Ni de Chávez, ni de Mendoza, y tampoco de Rosales. Acuérdate de la cuñita del Papa cuando el señor gobernador dijo que lo habían engañado con aquella marramucia de Carmona.

Manuel Rosales, para sorpresa de toda Venezuela que lo vio por televisión, declaró haber sido engañado al firmar el decreto de Pedro DHL.[25] En Fe y Alegría sacamos una cuña imitando la voz del Papa. Se oían unas campanas y el Santo Padre ordenaba cambiar la fecha de los Santos Inocentes. De ahora

---

[24] Para saber lo que realmente ocurrió, véase *Puente Llaguno, claves de una masacre*. Este extraordinario reportaje televisivo de Ángel Palacios aclara quiénes dispararon y desde dónde salieron los disparos. El famoso video de Venevisión no fue más que una grosera manipulación que convertía a las víctimas en victimarios.
[25] A Pedro Carmona le endilgaron ese apodo por aquello de “recibe hoy y entrega mañana”.

en adelante, en vez del 28 de diciembre, se celebraría el 11 de abril en honor a tantos cándidos que había en el país.

—Pues, entonces, no entiendo el misterio de estos premios.

—Eso se llama estrategia de seducción —apuntó la intelectual—. Los políticos siempre andan buscando congraciarse con los medios. Ellos piensan que cada periodista tiene su precio.

—Pues los dejamos con los crespos hechos —intervino el radical—. No vamos a recoger ningún premio y listo.

—¿Y por qué no? —Javier sonreía con malicia—. Al contrario. ¿No estamos diciendo que en Fe y Alegría se escuchan todas las voces?... ¡Pues también se reciben todas las medallas!... Además, ¿saben qué vamos a hacer con estos premios?

—Usted dirá, comandante —Carlos respondió como aquella noche cuando Javier llegó de prisa y abrió sin miedo los micrófonos.

—Devolverlos.

—Me parece muy bien, porque… —nuevamente, el radical.

—Devolverlos a quien le pertenecen. A la audiencia. Al pueblo de Venezuela. Porque, seamos sinceros, ¿no fue la gente la que revirtió el golpe de estado y rompió el silencio de los medios? ¿No fue la gente la que, a punta de palabras, dio un verdadero golpe de radio?

—Golpe de radio… —se quedó craneando Gerardo Lombardi, que había venido de Maracaibo—. Me gusta como título.

—Sí, para el libro que tenemos que escribir. Para contar aquellos tres días que transmitimos peligrosamente.